

San José, Costa Rica 1926 Sábado 9 de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El anticonquistador de América*, por Juan B. Terán.—*El camino*, por Ramiro de Maeztu.—*Calor de unidos corazones*, por José Carner.—*Ya se abrió la primera rosa*, por A. Masferrer.—*Tarjeta alusiva*.—*Juan Pizarro*, por V. Modesto Villavicencio.—*El primer mexicano*, por Martín Luis Guzmán.—*La flapper y La garçonne*, por María Monvel.—*A España*, por Luis R. Flores.—*El umbral encendido de un nuevo Renacimiento*, por Leonardo Pena.—*La oración por el indio*, por Hernán Zamora Elizondo.—*Gabriela Mistral*, por M. T. Salazar.—*Señas de escritores*.—*El problema de la tiranía en América*, por Luis Muñoz Marín.—*El perro leproso*, por Guillermo Jiménez.—*La herida invisible*, por Caroly Kisfaduli.—*Hombre no te entristezcas*, por Víctor M. Elizondo.—**EDAD DE ORO:** *El sentimiento de la naturaleza entre los celtas*, por Ernesto Renán.—*Ejemplos de constancia en el trabajo*, por F. Proaño.

El anticonquistador de América

Por
JUAN B. TERÁN

EL «Protector general de Las Indias», fray Bartolomé de las Casas, no pertenece a la familia mística de San Francisco o San Juan de la Cruz, sino a la de Santo Tomás y Santo Domingo. Es decir, era un filósofo y un hombre de acción, teólogo y político.

Místicos son esos seres extraños, dulces y silenciosos llevados hasta Dios por la luz inefable de la contemplación.

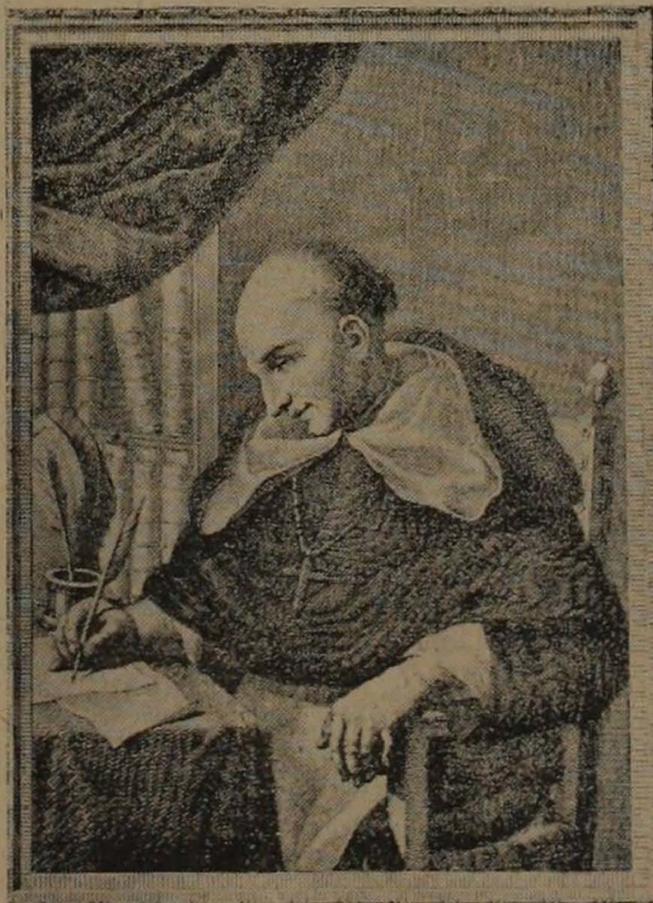
La ternura de fray Bartolomé para con los esclavos de América no era una fluencia sentimental, una abundancia de amor para con el *hermano indio*. Era la aplicación de un concepto teológico, la lealtad con el dogma cristiano, explicado por los textos sagrados.

Para comprenderlo mejor, digamos desde luego que no estuvo solo en la tremenda requisitoria que durante sesenta años tronó en América y ante los consejos de Indias. Es la única que sigue resonando solamente porque fué la más ardiente y apostólica. Estuvieron de su parte innumerables religiosos y civiles: el padre Montesinos, Pedro de Rentería, fray Pedro de Angulo, fray Tomás Casillas, el Obispo de Popayán, Juan Valle; el de Charcas, Matías de San Martín; el bachiller Sanches de México, el licenciado Quiroga.

El enemigo contra quien se airó y armó su cruzada era formidable. Los excesos atribuidos a su acción deben explicarse por el poder del enemigo que desafiaba. Era el encomendero de América, es decir, el usufructuario de la nueva sociedad.

¿Pero qué es sin indios la empresa de las Indias?, se preguntaban los jurisperitos y consejeros de la Corona. Si no se sujeta a la esclavitud a los indios, mejor es abandonar la conquista. ¿Cómo habría pobladores sin encomiendas? Y sin pobladores, ¿cómo habría sisas y quintos reales, tan requeridos por la Corona?

Comprendemos bien, pues, la resistencia, el enojo y la cólera que despertó su predicación, la legión de contradictores que salieron a su paso a batirlo en su propio



terreno doctrinario, el juicio de los historiadores que tachan su ingenio de quimérico y visionario.

No es, sin embargo, tan simple la psicología de esta figura.

No es posible admitir que fuera sólo una ambición pueril a fuerza de ilógica e ilusoria la que diera tan grande relieve y repercusión a su palabra y a su obra.

Desde luego hay un acento singular en su voz, que evoca el recuerdo de los grandes apóstoles.

Cuando se lee sus reclamaciones en nombre de Dios y de la humanidad, contra la

codicia de encomenderos y la esclavitud de indios, el espíritu se figura estar escuchando las imprecaciones de Tertuliano, la cólera tremebunda de San Jerónimo, o las profecías de San Agustín contra las persecuciones de los cristianos. Es necesario recobrase vivamente para comprender que es la fulminación de un apóstol cristiano, no contra paganos o gentiles, sino contra los mismos evangelizadores de la América. Leamos una de sus terribles líneas: «Andan vestidos de seda y no solamente ellos, pero sus mulas, lo cual pensamos que si fuera bien exprimida, sangre de indios manaría».

No puede esperarse de hombres de esa laya que se limiten a hablar en nombre de la prolija verdad histórica.

Que fácil es contra ellos lanzar el reproche de tal cifra abultada o del falseamiento de tal o cual hecho. Sus ojos desmesuran la realidad como una exigencia connatural de su temperamento y su vocación.

Ellos no dicen la verdad histórica, sino una verdad que podríamos llamar profética.

II

Veamos a fray Bartolomé desde dos puntos de vista para acentuar su múltiple significado.

Como humanista y teólogo su doctrina consistía en sostener la libertad natural de los indios y la iniquidad de su destrucción.

Su condición de gentiles e idólatras no menguaba la integridad de la tesis.

En los comienzos de su carrera habíale encendido el corazón el capítulo 34 del Eclesiastés, según el cual quien quita el pan ganado con el sudor es como el que mata al prójimo: quien derrama sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son.

Su proclama fué siempre la de que los encomenderos eran los mayores robadores del mundo, los infieles más culpables, porque invocaban la predicación de Cristo para cometer su horrendo crimen.

Su teoría, pues, era simplicísima, de una

ortodoxia ejemplar. Pero no puede causar-nos admiración que haya aparecido revolucionaria si pensamos que una numerosa escuela había sostenido que el indio carecía de alma y de humanidad, y que la esclavitud era una institución justa.

El restablecimiento de la verdad cristiana, tan obrepticadamente desconocida, fué su obra.

En su tratado de las treinta proposiciones encuentro las palabras que más sintéticamente expresan su teoría (proposiciones 22, 23 y 25.)

Los reyes de Castilla, dice en la primera, son obligados a hacer que la fe de Cristo se predique por la forma que dejó estatuida el Hijo de Dios; conviene a saber, pacífica y amorosa, dulce, caritativa, por mansedumbre y humildad y buenos ejemplos, cuidando los infieles y mayormente los indios que de naturaleza son mansísimos y humildísimos, dándoles antes dones que tomándoles de los suyos. Y así tendrán por bueno y justo al Dios de los cristianos y de este modo querrán ser suyos y recibir su fe y doctrina. *Suadenda, non imponenda.*

Juzgarlos por vía de guerra, dice la proposición 23, es la que llevó Mahoma, la que tienen hoy turcos y moros, iniquísima tiranía infamativa del nombre de Cristo.

Esa voz que predicaba la fraternidad y la caridad eclipsadas durante la conquista tuvo en él un campeón inolvidable.

A no ser su voz, no se ve qué diferencia separara la conquista de América de las que conoció la historia antigua, que buscaban el máximo botín por el camino del llano exterminio.

Hay un momento histórico en América en el que solamente esa voz nos recuerda que hay una verdad nueva posterior a los tiempos de Nabucodonosor o Alejandro, e ignorada por Tamerlán, imbuída en la conciencia humana, hace veinte siglos.

III

Pero su mayor originalidad está en sus vistas como filósofo político.

Las proposiciones de su prédica pueden sintetizarse así:

1.^a—La conquista americana no debe ser bélica sino pacífica;

2.^a—La conquista pacífica no solamente está impuesta por los fines de cristianización, sino por las propias conveniencias materiales de la Corona;

3.^a—Deben ir a América no soldados sino agricultores, familias y no solamente varones;

4.^a—Los indios deben ser reunidos en comunidades o asentamientos para promover su civilización y catequesis.

Digo y suplico, escribía, en el Real Consejo que el remedio de las Indias consiste en llevar labradores, gente llana que coma y sea rica y abundante con sus pocos trabajos, y no se diga que luego se harán holgazanes y escuderos. (*Documentos inéditos de Indias*, tomo 7.^o, página 171).

Los españoles, desde que «en mala hora se descubrieron las Indias, han sido perni-

ciosos para sus propias haciendas y sus ánimas» (*id. id.*, páginas 296 y 301). Es decir, que el sistema de la conquista era malo material y moralmente.

Reclamaba el envío de familias agricultoras, el establecimiento de primas para producir azúcar de caña, sedas y toda clase de especias, que «se crían a maravilla» en las tierras descubiertas.

Fué más lejos aun y proyectó un verdadero código del trabajo para lograr dos fines sustanciales, el espiritual de convertir a los indios por la demostración de la superioridad de la obra cristiana, y el de enriquecer las Indias y la Corona.

El punto de vista era absolutamente nuevo.

Aconsejaba la fijación de las épocas de trabajo en las minas, su alternación con el cultivo de la tierra, la edad en que debía permitirse el laboreo, las condiciones de la vivienda y alimentación, el trabajo de las mujeres, de las madres y de los hijos (cit. página 14).

Las dos empresas a cuyo frente se puso como un capitán, muestran la fe con que sostenía sus planes: la catequización de Tuzulutlán y la colonización de la costa de Parí a Santa Marta.

El procedimiento pacífico tuvo suceso en Tuzulutlán. El plan de colonización de las trescientas leguas de costa consistía en impedir la entrada de españoles, con excepción de las familias labradoras con que se fundaría. El conato fracasó, y sus enemigos encontraron en ello el mejor argumento en su contra y lucida ocasión para sus burlas.

Limitada a la valentía de su doctrina, su originalidad habría sido la de un discípulo de Luis Vives y de los revolucionarios de la filosofía medioeval.

Pero fué mucho más recia y audaz, porque quería llegar a los extremos vivos de la aplicación y de la realidad.

Bastaría para mostrarlo sus «avisos e instrucciones a los confesores». Quería que los confesores no fueran los meros consejeros de las conciencias, sino los instrumentos activos de una revolución social. Debían imponer a los conquistadores que requirieran la confesión, la devolución de los indios encomendados, la entrega de todos los bienes granjeados en América para reparar la expoliación del trabajo esclavo.

No era un místico ni un teólogo de gabinete, hemos dicho, sino un luchador, un paladín, un verdadero héroe de la acción.

Llamémosle, pues, el «anticonquistador», hombre de la misma raza, y de la misma enjundia que los que combatía, aunque animado por un móvil que lo coloca por encima de todos los hombres de su siglo en América. Es Cortés, Pizarro o Alvarado, poniendo al servicio de la causa de la libertad el mismo espíritu indomable con que aquéllos destruyeron imperios y sojuzgaron pueblos.

Removió la Corte, altercó con los poderosos palatinos, escandalizó a los acaudalados con la esclavitud de los indios, excomulgó, guerreó, incansable en sus andanzas y protestas. Discutió ante el propio rey

Carlos V, contra el obispo del Darién; persiguió al cardenal Cisneros y a los ministros flamencos hasta arrancarles medidas protectoras; provocó juntas teológicas y logró las nuevas ordenanzas que derogaban el servicio personal de los indios; se hizo colonizador para poner en práctica sus planes, y bajo la amargura de sus descalabros se conservó encendido su ardor predicador.

IV

Sabemos que sus generosas iniciativas fueron burladas por el interés de los encomenderos, las exigencias fiscales o la indiferencia de la Corte. Nada quedó en pie de sus conatos y leyes, pero podemos imaginar cuán diversa suerte habría corrido la colonización de América si hubieran prosperado su acción y su ejemplo.

Son las suyas las ideas de un reformador actual y en tal sentido podemos afirmar que fué no solamente un defensor de la libertad de las Indias, sino un genio político.

Como todos los ideólogos, debió ceder el rigor de su concepción filosófica en las transacciones necesarias para radicar sus reformas.

Tal es el origen de su idea de la importación de negros, que no fué el primero en sugerir y de la que abjuró en su historia de Indias. El mismo dió una fórmula universal aplicable a quienes aspiran a realizar una violenta transformación social: «he comprado a Cristo—decía, en un pasaje de uno de sus tratados—, y pues no me lo dieron de balde, debí comprarlo».

En nuestro tiempo, hemos visto a Wilson comprando a Cristo, transando con la reciedad de las pasiones, para ver vivir siquiera una parte de un sueño humanitario.

Los detractores de fray Bartolomé no han terminado aún su tarea. Los tuvo innumerables, desde Pánfilo de Narváez, cuya brutalidad desafió Rodríguez de Bastidas, en Nicaragua, que mandó incoarle proceso como «hombre desasosegado que más predica pasiones que no la palabra de Dios»; el deán Gil de Quintana, que requirió la espada para defenderse del entredicho en que lo pusiera como obispo; Alonso Maldonado, que lo arrojó de la Audiencia de Gracias a Dios con el apóstrofe de bellaco, loco, mal fraile; fray Toribio de Montolinia, el más fervoroso adversario del apóstol, a quien llama hombre pesado, inquieto, bullicioso y pleitista, en hábito de religión, injuriador sin reposo. Hoy se habla todavía de su humor fantástico, de su sentimentalismo enfermizo.

Fray Bartolomé de las Casas queda como la más alta conciencia de la historia de la conquista. Por su elocuencia inflamada en la heroica reclamación contra la esclavitud de los indios, su desafío a todas las influencias que lo invitaban a callar o temperarse; por su ciencia profunda, su apostolado ejemplar, puede incorporarse a la parva familia de los varones que consumieron su vida en la llama de las grandes pasiones redentoras.

El camino

=De *El Sol*. Madrid=

¿Cuál habría sido la suerte de América si hubieran prevalecido la predicación y los planes de fray Bartolomé de las Casas?

¿Eran de tal manera fantásticos que no habrían podido arraigar y regir la vida de las colonias? ¿No fueron sus sugerencias, acaso, las que han guiado la política colonizadora de otros pueblos?

La cristianización de América habría sido de verdad; la conquista habría perdido su carácter esencialmente marcial y la política fiscal habría reposado en la agricultura y no en la minería y el prohibicionismo comercial.

V

La fácil fantasía de «lo que pudo haber sido» es una tentación para el pecado mayor de la historia: mezclar la realidad con la ficción. Pero no podemos tampoco entregarnos al realismo resignado que piensa que lo sucedido fué lo único posible, olvidando que los «héroes» rigen en una medida variable pero cierta el curso de la vida social.

¿Podemos decir, por su fracaso práctico, que fray Bartolomé es una figura llamativa, pero baldía, en la historia de América?

Si «el destino manifiesto» del Nuevo Mundo es consumir la concordia de los hombres, vanamente buscaremos otra inspiración capaz de haberla bautizado para ese ideal que la de quien la predicó con ardor incomparable en los orígenes primigenios.

No es en el conquistador donde está el blasón espiritual de América, sino en el anticonquistador que vencido y escarnecido voceó lo que con los siglos llegaría a ser su verbo.

Admiremos la belleza épica del conquistador, excusemos su brutalidad en mérito al tiempo y a la obra, pero no nos enorgullecamos de él. El ideal de América está en realizar la misión hace cuatro siglos pregonada, pero incumplida, de dar una mayor verdad a la fraternidad humana.

He ahí cómo llegaría a ser fray Bartolomé, por un nuevo sentido más profundo, el apóstol de las Indias. En la vasta galería de genios que es el siglo XVI, América puede reconocer en fray Bartolomé su precursor profético, su héroe epónimo, el numen de su vocación humanitaria.

(*La Prensa*. Buenos Aires).

Nos remite desde La Plata, este artículo, P. H. U., con esta nota al margen: "Digno de conocerse". Señala con lápiz verde los dos párrafos finales y escribe: "Bien".

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

DESDE 1898 me he estado preguntando: ¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones? Precisemos la pregunta de Desmolins. No se me venga con la patochada de que esa superioridad es inexistente. ¿En qué consiste que en el actual año no haya más pueblos acreedores del resto del mundo que los de lengua inglesa y Holanda? No se me venga tampoco diciendo que los Estados Unidos son la amenaza máxima para la independencia de los pueblos de habla castellana. ¿Por qué me había de interesar el secreto de su poderío tan particularmente sino porque es para la América española cuestión de vida o muerte llegar a averiguarlo?

Ya he dicho en qué consiste esa superioridad. Mientras los otros pueblos no han visto en el dinero más que su lado útil, los ingleses encontraron, y los norteamericanos impusieron, la manera de poderlo creer bueno. Mostrar la manifestación histórica de esta idea es desplegar ante los ojos del lector el panorama de las excelencias norteamericanas. No podría hacerlo sin herir sentimientos que comparto. En esta hora crítica, cuando el Continente americano es teatro de la lucha de dos culturas, cuando los Estados Unidos son la amenaza suspendida sobre los pueblos de nuestra habla, ¿no es impío, me pregunta un amigo estimado, solazarse con las superioridades de los Estados Unidos? A lo que contesto: ¿y no es ofensivo figurarse que las expongo para divertirme? Veo a los Estados Unidos y a la América ibérica en concurrencia desigual. Los Estados Unidos están armados de una ametralladora; la América española, de navaja. Estoy seguro de que la superioridad de los Estados Unidos consiste en su sentido distinto del dinero. Y si ello fuere cierto, ¿sería posible rendir mejor servicio a los pueblos de nuestra habla que ponerles en las manos una ametralladora del mismo tipo que la norteamericana, sólo que mejor, por ser más nueva y más perfeccionada?

Un talento mexicano, don Martín Luis Guzmán, recordaba que en la hora de su independencia México superaba a los Estados Unidos en población, riqueza y territorio. ¿Qué ha sucedido para que el pueblo norteamericano haya crecido tanto? Al proponer la respuesta de que le ha hecho crecer su distinto sentido del dinero, no tengo en cuenta la desproporción que en la historia suele advertirse entre causas y efectos, porque no creo que sea causa baladí un sentido distinto del dinero, sino que entraña un sentido distinto de la vida. El hombre que crea que el dinero es bueno, no podrá resignarse tan fácilmente a la pobreza como el que meramente lo crea útil, porque éste podrá desdeñar la utilidad y contentarse con vivir tan pobremente como vive el peón mexicano. Si es rico, el hombre que cree en la bondad del dinero no lo gastará en placeres, ni se lo dejará escapar de entre

las manos, sino que lo empleará en obras de servicio social, como escuelas, hospitales, bibliotecas, etc., o lo aumentará indefinidamente dedicándolo a empresas reproductivas, que es lo que explica el crecimiento de los Estados Unidos. Si la emigración europea ha preferido los Estados Unidos a México no es por cuestión de clima, porque el de México es ideal, sino porque en los Estados Unidos había capitales que podían sustentarla, mientras creaba con su trabajo nuevos capitales. Y ésta ha sido la razón fundamental de su crecimiento.

La creencia en la bondad del dinero lleva implícita la inversa de que la bondad ha de incluir el poder o su signo, el dinero. Y sé muy bien que se trata de una idea de comprensión difícil. Un norteamericano culto se escandalizará si se le dice, de buenas a primeras, que la grandeza de su país consiste en creer que el bueno ha de ser rico. Sólo después de reflexionarlo se acordará de que se le enseñó, cuando era niño, que los bienes temporales son el signo de la gracia divina, que se le hizo creer que la virtud por antonomasia es la laboriosidad y que el mal consistía en caer en las tentaciones que hacen gastar dinero, por lo que ocurre que sus compañeros de escuela se han enriquecido casi todos. Ya he explicado la causa de que en los Estados Unidos no se crea sino indirectamente en la bondad del dinero. Es resultado de especulaciones teológicas que no tienen para qué interesarnos.

No me contento para los pueblos de mi lengua con un sentido indirecto de la bondad del dinero. Los creo demasiado perspicaces para no descubrir las contradicciones en que se mueve el espíritu de lengua inglesa. Quiero las cosas claras y francas. Sin dinero, mejor dicho, sin poder, no hay bondad efectiva, sino meramente buena voluntad o buenas intenciones. Y no basta con reconocer la necesidad instrumental del dinero. Con ello no hemos adelantado gran cosa, porque degradamos el mismo valor que reconocemos y al degradarlo se nos escapa de entre los dedos. Para llegar a ser los dueños del dinero hay que dedicarle nuestros mejores hombres y lo mejor de nuestro espíritu, lo que no conseguiremos si no lo dignificamos hasta considerarlo como uno de los valores finales, y no meramente instrumentales. Ello se logra sin violencia de nuestros sentimientos, ni contradicción de nuestros conceptos, con una filosofía que considere el bien no como valor simple sino como el complejo del poder, el saber y el amor. Por eso la propongo, al cabo de una meditación de veintiocho años sobre la superioridad de los anglosajones.

Ya sé que no es fácil de comprender, sobre todo por un pueblo que desde hace tres centurias tiene paralizado el pensamiento. La capacidad de incompreensión de

Calor de unidos corazones

=Del Diario de Costa Rica. S. J. de C. R.=

los intelectuales españoles suele ser infinita. Hasta se enorgullecen de no haber entendido. Y no lo digo enteramente en su censura. Peor sería que fuesen diletantes. La resistencia a las ideas suele ser su sostén, después de que se imponen. Pero con que pusieran en comprender un poco del orgullo que sienten en no hacerlo, se les haría tan evidente como la luz misma que un pueblo que llega a creer que el dinero es bueno, ha de superar en riqueza, en inventiva, en laboriosidad, en comodidades y en eficacia a otro que no lo crea sino útil. He ahí una idea que no es sencilla, porque sólo se penetra de lo que significa el sentido reverencial del dinero el espíritu que haya pasado buena parte de su vida comparando pueblos que poseen con los que no lo tienen.

Pero es precisamente el imperialismo económico de la democracia norteamericana lo que impone la consideración de este tema a los pueblos de nuestra habla. Se hallan éstos sacudidos actualmente por la polémica Lugones - Vanconcelos, en que el escritor argentino propugna por que los dirijan las minorías selectas, aunque sea a sablazos, mientras que el mexicano aboga por el imperio inmediato de las democracias. No digo que el tema sea indiferente. Pero mientras los suramericanos sean pobres, y ricos los norteamericanos, la mediatización de los primeros será inevitable, porque acudirán a los Estados Unidos en busca de dinero y los norteamericanos impondrán sus condiciones y las aceptarán aquéllos, como el Gobierno de México acaba de allanarse, en la cuestión de los petróleos, a que las Compañías norteamericanas exploten los pozos durante cincuenta años, con lo que el Gobierno de México habrá salvado su soberanía nominal, pero los norteamericanos se habrán quedado con el petróleo.

Ante sucesos de esta índole habrá quien se contente con protestar. El espíritu curioso y más profundamente patriota preferirá preguntarse por la causa de que los norteamericanos sean los más ricos, aunque no lo sea su suelo, ni lo fueran originalmente, y cuando lo haya averiguado procurará encaminar a sus pueblos hacia la riqueza, que es la independencia.

RAMIRO DE MAEZTU

Serrano, 112. Madrid, España.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

«Si no nos entendemos por lenguaje—dijo en una de sus más exquisitas expresiones, nuestro Dr. Iluminado Raimundo Lulio, prez de la cultura ibérica, —entendámonos por amor». El amor puede y debe rebasar las diferencias del verbo, pero ello tácitamente supone que unidad de lenguaje y de amor son ya de suyo equivalentes. Atmósferas pasajeras, incomprensiones revocables, anécdotas políticas, cualquiera que ellas sean, representan lo epidérmico, lo circunstancial: la unidad de una raya, aunque esta permanezca dividida en pluralidad de naciones, legítima e irrevocablemente soberanas, es algo básico, es la vasta y perdurable coherencia que se expresa en una unidad superior a la del estado: la unidad de cultura.

Multiplicar pensamientos y actos de solidaridad, casi de confusión, con sus hermanos raciales, incumbe a todo americano de habla española, a todo español. Lo contrario sería casi delito de automutilación. En tal creencia, impulsaré con solicitud toda forma y estilo de vinculación entre cuantos se expresan en la lengua del Myo Cid y de Don Quijote, de Bolívar y de Sarmiento.

Demostración espontánea de la estrecha unión de la colonia española con esta bella nación tan insigne por su cortesía como por su política ejemplaridad, fué la celebración de solemnes exequias en sufragio de las víctimas de la Catástrofe del Virilla. En templo ministrado por celosos frailes españoles de una orden que, aún notoria por sus irradiaciones universales, españolísima permanece, congregóse abundante y escogida concurrencia, a cuya cabeza figuraba, con noble deferencia, el señor Presidente de la República, acompañado del señor Internuncio y Vicario Capitular, señores Ministros, Presidente del Congreso, Presidente de la Corte, Gobernador y representaciones de Alajuela y Heredia, honrándonos todos, y presidiendo el acto en compañía del Cónsul y Vicecónsul de España, Letrado Consultor del Consulado y representantes de las tres entidades españolas, Cámara de Comercio, Sociedad de Beneficencia y Junta Cultural. En el recuerdo de acto tan representativo sería imperdonable no expresar mi gratitud y la de la colonia no sólo a las Autoridades y personalidades sudodichas, sino también a la generosa hospitalidad de los Dominicanos, al joven y elocuente orador sagrado que expresó con tanta galanura como sobriedad los sentimientos que penetraban en el ánimo de todos, a músicos y cantores, de tan liberal como exquisito concurso, y *last but not least* a la infatigable comisión organizadora, de que fueron alma mis esclarecidas amigas doña Mercedes de Alvarez Melgar y doña Victoria de Terán, sus dos lindas Margaritas y el simpático e infatigable Fernando Terán.

Si el duelo de la nación costarricense halló tan nobles ecos en el corazón de los

españoles, igualmente espontánea fué la repercusión de un gran éxito de España en el corazón de Costa Rica.

La prensa refirió con el mayor interés, y los más levantados comentarios, el vuelo épico de Franco; la espectación primero y el júbilo después, se revelaron en el semblante y las conversaciones de todos; honrónos el dignísimo Representante de la Nación Argentina con elocuentes palabras de congratulación; abrióse una suscripción popular de cuota única, y la más modesta posible, para regalar a Franco una medalla en que figurará el legendario hipogrifo que inspiradamente propusiera nuestro querido don Tomás Povedano, y produjéronse unas gratísimas iniciativas que merecen párrafo aparte.

Dos de ellas despiertan nuestro sentido de obligación hacia ese culto y tenaz propagandista de España que se llama don José Figuer del Valle. Costa Rica le ha conferido merecidamente misiones de alta confianza: una cátedra en uno de sus primeros centros docentes, un importante cargo y las reparaciones del Congreso de los Diputados y del Teatro Nacional. Don José Figuer ha puesto siempre su prestigio al servicio de la causa española, y no podía desperdiciar la nueva y brillante ocasión que la hazaña de Franco le deparaba. Diónos una interesantísima y meritísima conferencia sobre la calidad y significación auténticas de aquel vuelo, que no hay que concebir como afortunado arranque, sino como una culminación de la desarrollada cultura científica y técnica. Luego, en su clase del Colegio de Señoritas, don José Figuer hizo ejercitar a sus alumnas en el dibujo de mapas en que se apreciase y señalase el trazado de las rutas aéreas de tan reciente iniciativa española. Una comisión de señoritas alumnas visitó el Consulado de España para ofrecerme con graciosa y perfecta gentileza, aquellos mapas. Algún día les devolveré la visita, y expresaré, aunque sea pobremente, mi sincera obligación, si me lo consiente mi distinguida señorita y amiga doña Ester de Mézerville.

Por su parte, el paladín de todo noble ideal a quien llamamos don Joaquín García Monge, tan popular en toda la América Española, tan querido en España, encarnación acaso la más pura de un hispanoamericanismo verdaderamente fecundo, que se basa en la cooperación de todos para la continua conjunta superación espiritual e intelectual, dedicó un preciado número de su ya clásico REPERTORIO AMERICANO a ese luminoso guión en los aires entre España y América: el vuelo de Franco. Textos y dibujos parecieron a todos selectísimos, expresión insuperable de toda la felicidad de la raza premiada con un nuevo timbre de gloria, generoso, incruento, y de posibles trascendencias incalculables.

La entrega solemne de la medalla de oro

hispano-costarricense a Franco, y la erección del monumento conmemorativo del Virilla, avivarán todavía en los espíritus esa confraternidad cordial, que tanto se acredita junto a las huellas crueles de la adversidad, como al pie de los grandes rastos de luz apoteósica.

JOSÉ CARNER

Ya se abrió la primera rosa

Ya se abrió la primera rosa.
De su verde, oscuro capuz,
ha emergido bella y radiosa,
se ha encendido como una luz.

Ha nacido tan sonrosada,
tan delicada y tan gentil,
y es tan suave su fragancia,
y su textura es tan sutil,

que más que flor, es un ensueño,
y más que ensueño, una ilusión...
Cual si naciera del ingenuo
soñar de un puro corazón;

cual si una niña candorosa,
toda pureza y toda fe,
—que hubiera sido mariposa
en algún místico vergel,—

la modelara con sus manos,
y la impregnara de su olor,
y la tuviera entre sus labios
para imprimirle su color.

Urna de seda nacarina
sobre un trifolio verde-mar,
subiendo fué de espina a espina,
como aprestándose a volar.

Y al sentirse ya en la cumbre
de su luminica ascensión,
para saciar su sed de lumbre
se abrió en excelsa exfoliación.

Ya las abejas la rondaron,
ya vino a verla el colibrí,
y unas neblinas la regaron
con su rocío más sutil.

Llevó la brisa la noticia
hasta el lejano robleal,
y estalló en dianas la leticia
del resonante Pito Real;

y una irisada mariposa
a quien le dió la nueva el Sol,
vino a yacer sobre la rosa,
como una flor sobre otra flor...

Así, esta primera rosa,
de su oscuro, humilde capuz,—
Candor... Ensueño... Mariposa,—
ha surgido bella y radiosa,
se ha encendido como una luz.

A. MASFERRER

San Salvador,
22 de junio de 1925.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Tarjeta alusiva

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO
ABOGADO

Turrialba 29 de Set. de 1926

Querido Sr. García:

Para la Fiesta de la Raza, ya hemos cantado a España y sus héroes, cuanto hemos podido. No hay casi un poeta costarricense que no tenga su canto a España. Bien noble es eso; por lo menos en cantos debemos devolver a la Madre Patria el heroísmo que derrochó por nosotros; pero no menos noble es, sin duda, recordar en la fecha del descubrimiento a los conquistados, cuya sangre corre por nuestras venas, tanto como la española.

Si le parecen no muy malas, publique esas estrofas dedicadas a nuestros indios, que, por fortuna, no me las agradecerán, dado su analfabetismo.

A sus órdenes

HERNÁN

Juan Pizarro

LA Conquista del Perú no fué una epopeya, ni tuvo un gran héroe. ¿Hay en ella acaso un acto extraordinario que suscite admiración? La carnicería de Cajamarca, que es uno de los hechos más culminantes de aquel período, simboliza una comedia bufa. Su héroe, Francisco Pizarro, se comporta como un personaje ridículo. En aquella matanza, de carneros indefensos, como exteriorización de una hazaña sin plural, don Francisco se hace víctima. Se deja herir en la mano para defender al Inca. Fué la única sangre española que se derramó en aquel instante, dice don Carlos Pereyra. Una nota cómica no podía faltar. Don Francisco, defensor del monarca indio, se convierte después en su más distinguido verdugo.

¿Dónde una acción de belleza moral que salve el nombre de los conquistadores ante la historia?

Algunos historiadores, que confunden la tontería con la imparcialidad, se tranquilizan pensando en que los hombres que hicieron la Conquista del Perú, fueron producto de su época. Está bien. Pero Hernán Cortés, fué hombre contemporáneo de los Pizarro. Tuvo crueldades rayanas en el crimen, pero su altura moral y su heroísmo lo salvan ante la posteridad.

¿Qué móvil capital guiaba los actos de los compañeros de Pizarro? El deseo de oro. El oro explica aun aquella temeraria aventura de los «trece del gallo», que la historia se ha encargado de contemplar, estupefacientemente. Por el oro llega hasta el ridículo el noble caballero Hernando de Soto, haciendo caracolear a su caballo delante del Inca; por el oro los soldados de Hernando Pizarro, saquean y violan mujeres, camino del Cuzco. El oro resucita en el futuro Marqués, la vestimenta psicológica del porquero de Estremadura, frente a la dignidad del indio vencido; por los quintos se hace cómplice de robo y asesinato, el Emperador, padre divino de los hombres, don Carlos Quinto. En la Conquista no hay un gran ideal que guíe a los hombres en sus escaramuzas. El «hambre» de oro está por encima de Dios mismo. El fraile Valverde

invoca su nombre para realizar el degolladero de Cajamarca.

Pero en el panorama de la vida agitada, de aquellos aventureros, se eleva la noble figura de Hernando de Soto, como una excepción. La historia reconoce también, en la oscura vida de Hernando Pizarro, su desinteresada simpatía, llena de conmiseración, por el inca destronado. Acaso sucede lo mismo con Juan Pizarro. Los cronistas hablan con respeto de él. El propio Garcilaso le rinde su admiración incondicionalmente. ¿Qué semejanza hay entre este Pizarro y los otros Pizarros? La diferencia es de orden moral. Los cronistas transmiten el hecho, pero tal vez no entiendan el significado de aquella vida, realizada en virtudes espirituales, en una época donde los actos se miden por la mayor o menor eficacia del arcabuz.

La vida de Juan Pizarro no tiene su Plutarco. Quintana, que escudriña la biografía del porquero, que permuta su condición natural por la de Marqués, apenas si alude a Juan. La existencia de este Pizarro resulta, por eso, hundida en la sombra. Tratemos de aclarar su contorno.

Juan Pizarro vino al Perú con su hermano Francisco, en 1530, cuenta el general Mendiburu. Luchó en compañía de Benalcázar contra los indios de la isla de Puná. Estuvo en Cajamarca y presencié la emboscada que el cazurro don Francisco preparaba al indio Atahualpa. Cuando éste puso precio a su libertad, el Conquistador envió a Juan en compañía de Gonzalo y Hernando, para que se apropiara de todo el oro del templo de Pachacamac. Naturalmente, cuando se hizo la partición del tesoro robado, astutamente al Inca, Juan recibió su parte respectiva. Le tocó 407 marcos de plata y 1.100 pesos de oro.

Consumado el asesinato de Atahualpa, los españoles avanzaron hasta llegar al valle de Jauja. Juan Pizarro y Diego de Almagro fueron los primeros en descubrirlo. En este punto Francisco de Pizarro se les unió con las tropas. Como supiera que falanges de indios se preparaban a impedir la entrada

de los españoles al Cuzco, envió a Hernando de Soto, a Almagro y a su hermano Juan, para que venciesen a los que opusieran resistencia. Como siempre los indios fueron las víctimas adecuadas. Aquel desastre produjo el sometimiento del Inca Manco a la autoridad de don Francisco. Desde luego, los indios miraron en la actitud de Manco un servilismo imperdonable. Su descontento se tradujo en el incendio del Cuzco. Soto y Juan Pizarro hicieron maravillas para amagarlo.

Francisco Pizarro, después de visitar el Cuzco, volvió a Lima, dejando como Gobernador de la capital imperial, a su hermano Juan. Durante esta época los indios habían resuelto abandonar su mansedumbre. Era natural que sobreviniese alguna reacción, puesto que los excesos de los españoles no tenían límites. Manco, indio de una astucia colindante con la tinterillada, probablemente observando la inferioridad numérica de los hombres barbudos, provocó un levantamiento formidable. Para movilizar sus huestes, una noche huyó ocultamente del Cuzco. Pero los hermanos Pizarro no le dieron tiempo para desarrollar su plan libremente. Juan Pizarro lo persiguió haciéndolo su prisionero.

Mendiburu, a quien sigo en este relato, se hace eco de los cronistas que acusan a Juan Pizarro de ambición desenfundada por las riquezas de Manco. El inca huyó nuevamente porque no podía sufrir, afirman, las peticiones de Juan. El cronista, hijo de Manco, apasionadamente habla de la envidia de Juan por el oro que recibían de Manco, Hernando y Gonzalo. No creo que haya entera justicia en la pintura que se ha querido hacer del espíritu de Juan Pizarro. Naturalmente, por su carácter de humano, no estuvo desprovisto del «hambre» de oro, pero lo deseaba no como el único objetivo de la vida. La uniformidad con que juzgan los cronistas su altura moral, da derecho para suponer que Juan estuvo desprovisto de muchas ambiciones mezquinas, inherentes a los otros españoles.

Pero todo esto es biografía o plutarquismo. Para encontrar los relieves de la figura de Juan Pizarro hay que contemplarla durante el sitio del Cuzco, una de las pocas aventuras serias donde los españoles pusieron en peligro la piel.

Vuelto Hernando de España, asumió el cargo de Gobernador del Cuzco. Los hermanos reconocieron el título y se le sometieron.

Astutamente Manco trató de conquistarse a Hernando, ofreciéndole amistad eterna y, sobre todo, oro que era lo más interesante para el español. La política de Manco, surtió sus efectos. El Gobernador, dice Lorente, dejó en libertad al indio. Salió éste del Cuzco, pretextando la celebración del aniversario de la muerte de su padre. Algunos historiadores o cronistas, mejor dicho, afirman que Manco dijo a Hernando que le dejara en libertad porque deseaba obsequiarle una estatua de oro del tamaño de un hombre. Tentado por el ofrecimiento, el

jefe español, no pensó en el peligro que entrañaba su magnanimidad.

Con la libertad de Manco y las maniobras bélicas del Villac-Uma, todo el Cuzco se conmovió. Por primera vez los indios adoptaban un gesto formidable de beligerancia. Cree Garcilaso que 200.000 hombres se ponían frente a 170 españoles. La desproporción numérica espanta. Ya los indios sabían el manejo del arcabuz y montaban a caballo. Por consecuencia, su antiguo temor por los briosos animales de cuatro patas, se había amortiguado.

Hernando no se imaginó que un indio, sometido a la causa de los españoles, provocara un conflicto tan serio. Inmediatamente advirtió su yerro. Puso en movimiento a sus soldados para dominar a los indios; pero esta vez las carnicerías se hicieron más difíciles.

El personaje oficial de esta memorable jornada es Hernando Pizarro: Juan es el héroe de la acción, de los hechos temerarios y hasta novelescos. La contienda, según Mendiburu, duró diez meses. Lima quedó incomunicada. A los españoles no les quedaba sino morir o acometer.

El padre Anello Oliva afirma, con toda seriedad, que los españoles escaparon a una muerte segura, merced a la intervención de los santos, de la virgen, del apóstol Santiago y de otros miembros prominentes de la corte celestial.

Prescott, que tan maravillosa y literariamente sabe describir los acontecimientos históricos, relata las escenas del sitio del Cuzco, otorgando su admiración a los españoles, «Caballeros errantes que nos pintan las novelas», según dice en su *Historia de la Conquista*. El mismo historiador nos cuenta un pasaje de la bravura de Juan Pizarro, en aquellos trances graves y gloriosos.

Por orden de Hernando, Juan Pizarro, con un grupo de españoles perseguía a los indios, por montes abruptos y gargantas inaccesibles. Desconectado de su hermano podía haber sido triturado por las falanges formidables de Manco. Pero Juan jugaba con la muerte. Su valor era extraordinario. En aquellas críticas circunstancias recibe orden de Hernando para contramarchar. Con toda serenidad inicia su retirada. ¡Admira la proeza de Juan Pizarro! Le seguían grupos compactos de indios victoriosos, como dice Prescott. Pero él no se amedrenta un momento. Atraviesa el valle, pasa a nado el río Yucay «y llega antes de anochecer a la vista de la capital».

Los españoles habían perdido la fortaleza por descuido. Juan Pizarro se decía culpable de aquel error. Pero juraba «que todas las veces que fuera menester, la ganaría». El encargo de recuperarla no le atemorizó.

Entre tanto el Cuzco presentaba una fisonomía pavorosa. Miriadas de indios la cercaban. En las noches el espectáculo resultaba infernal. Las piedras candentes, arrojadas sobre los techos de paja, los incendiaban. Había que luchar, pues, contra el fuego y contra la guerrilla de indios sitiadores.

Juan Pizarro simuló tomar el camino de Lima, hasta alejarse una legua del Cuzco. La maniobra no fué entendida por los indios. Con 50 caballos, relata Lorente, Juan hizo un largo rodeo hasta llegar cerca de la fortaleza. Los soldados de Gonzalo comenzaron a desmayar. Pero Juan se arrojó al terraplén y con la voz y el ejemplo ordenó que le siguieran sus soldados. Los indios se desorganizaron ante el empuje violento de Juan Pizarro. Esta actitud temeraria produjo el comienzo de su muerte. Hacía días, agrega Garcilaso, que sufría una herida en la cabeza. Naturalmente, en estas condiciones, le era dolorosísimo soportar la celada. Se la quitó para pelear mejor. Aquel instante le fué adverso. Una pedrada le hirió gravemente en la cabeza. A los tres días, afirma Garcilaso, murió el noble Juan Pizarro.

¿Por qué su desaparición costernó tanto a indios y a españoles? Porque Juan Pizarro representaba las fuerzas del espíritu, ante los apetitos incontrolados de unos aventureros ambiciosos.

La historia, abobada ante el nombre de torpes soldados o de caudillos sin relieve moral, dice muy poco de Juan Pizarro. Mejor es así. Tras las épocas que silencian las virtudes de generosos espíritus olvidados, vienen períodos históricos, donde sólo se glorifica lo grande, lo justo, lo bueno. Esa es la característica de nuestra época: recordar a los santos, héroes o sabios, y hacer la revisión de fetiches que han dicho grandes tonterías en verso o en prosa.

Todo no era en Juan Pizarro vestidura carnal y apetitos mundanos. Desprendiéndose de la grosera materialidad de las cosas, embelleció su vida. Un cronista dice que cuando se fundó la ciudad del Cuzco, a Juan Pizarro le otorgaron el solar del templo del Sol. El Conquistador no quiso aceptar el obsequio. Lo ofrendó «para que en él se edificase otro al verdadero Dios, y fué allí erigida la iglesia de Santo Domingo».

Uniformemente los cronistas afirman que Juan Pizarro era valiente hasta la temeridad; noble, generoso y bueno. Seguramente, alrededor de aquella vida, de esterilidad amorosa, durante los días melancólicos de su enfermedad, no lloraron mujeres. El silencio sombrío de los rudos soldados, fué como la caricia póstuma de sus últimos instantes.

V. MODESTO VILLAVICENCIO

Correos: Ap. n.º 168.
Lima, noviembre de 1925.

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números vale 50 cts. oro.

Apartado 325. Panamá. R. de P.

El primer mexicano

Los mexicanos adversos o indiferentes a la permanencia de los restos de Hernán Cortés en nuestro país son la prueba viva e irrefutable de esta anomalía: como nación, los mexicanos no aprendemos aún a conocernos, todavía no sabemos quiénes hemos sido ni quiénes somos, no presentimos quiénes tendremos por fuerza que ser. Y por eso mismo esta deficiencia nuestra puede ilustrarse, en el caso concreto de Cortés, con ejemplos tomados de los campos más dispares. La revela el mexicano ignorante, que detesta a Cortés por un sentimiento análogo al que lo hace gritar «mueran los gachupines!» la noche del 15 de Septiembre; la revela el mexicano de espíritu fino, aunque irreflexivo y pasional por temperamento, que refiriéndose a los restos del Conquistador dice con impaciencia, como el poeta José de J. Núñez y Domínguez: «Sí, que se los lleven, que se los lleven»; y la revela el mexicano de inteligencia plena y calculadora que cree juicioso aconsejar, como el culto Jenaro Estrada cuando confunde la historia y la política, que la tumba de Cortés debe alzarse en «la tierra que la reclama para honrarla sin reserva».

¿A causa de qué puede hacerle ascos a la memoria de Cortés, en el siglo xx, un mexicano que conozca y sienta la historia de su patria? ¿Porque Cortés no haya sido un gran hombre? ¿Porque su grandeza, si la tuvo, no toque de cerca al México actual, o toque a algún otro país en mayor grado?

La grandeza de Hernán Cortés no la niegan más que los obcecados y los necios, incluso los que aseguran, según un modo de ver bien mediocre y a la moda, que los grandes hombres no imprimen su personalidad en el curso de la historia. Hernán Cortés no heredó poder ni fortuna. Nació humildemente en un rincón perdido de España. Así y todo, en 1521 fundó una nación que después de cuatro siglos no ha desaparecido y en la cual están presentes, hasta esta fecha, la mano de su fundador y su alma. ¿Quién, entre los hombres que han pisado nuestro territorio, puede exhibir mejor diploma de grandeza? Acaso haya quien lo posea igual; mejor, nadie. Y no vale en contra el argumento de que aquella fuese una época propicia para la voluntad y la acción que entonces derramaban sobre el mundo los pueblos ibéricos. En la hora de Cortés, sin duda, la voluntad y la acción de España fueron grandes hasta ser geniales; pero el genio de cada época y cada pueblo se alimenta del genio de los hombres que dirigen, no de la mediocridad de los que siguen. Y Cortés guiaba.

Respecto del otro punto, la relación indisoluble entre la obra histórica de Cortés y los mexicanos, los hechos hablan con mayor elocuencia. Porque aquí se trata de la elocuencia de lo evidente, de lo axiomático. Es una evidencia de la geografía que existe hoy un país, llamado México, en el cual vive, bien o mal constituido, un pueblo de nacionalidad propia. Es, además, una evidencia de la historia que la nacionalidad

mexicana actual no se parece—aun cuando por momentos se le acerque—al modo de ser de los primitivos pobladores de México, sino que se parece más bien, hasta confundirse en muchos rasgos, al modo de ser que trajo consigo al país, en 1519, un pequeño grupo de conquistadores. Aquellos conquistadores hablaban el lenguaje que ahora hablan los mexicanos; creían en el dios en que los mexicanos de hoy creen; no sacrificaban a sus prójimos en el altar, ni se los comían después de sacrificarlos, como los mexicanos de hoy no los sacrifican ni se los comen; y tenían una cultura y una civilización que se derivaban de la fuente, común a toda la cultura y la civilización occidentales, de donde los mexicanos de hoy derivan también las suyas. Pero todavía la historia nos da dos evidencias más: primera, el jefe, el director, el alma de aquel puñado de Conquistadores fué Hernán Cortés; segunda, Cortés era un hombre de tal firmeza de voluntad, de tal audacia y de tal genio político, que sin él la presente nacionalidad mexicana no habría nacido, o habría esperado, para nacer, a que otro hombre del mismo temple que Cortés la engendrara.

Vista así, como en esquema, la figura del conquistador de México, se explica perfectamente que los españoles, amantes de su gloria, deseen devolver a España los restos de aquel grande hombre suyo. Al imperio español de otros días Cortés le dió fama, poder y riquezas. Es un caso de gratitud y de conciencia nacional histórica. Pero lo que no se comprende, sino como un extravío de la mexicanidad, es que haya mexicanos que no sientan que si Cortés pertenece, en cierto sentido, a los tiempos pretéritos de España, pertenece en una forma más amplia, más completa, al pasado, al presente y al futuro de México. Porque un pueblo no puede ni renegar de su origen ni olvidarlo, y nuestro origen se confunde con el papel histórico de Cortés.

Si la civilización azteca hubiera sido superior a la europea, o si al llegar los conquistadores los aztecas hubiesen sucumbido materialmente, pero salvando su espíritu e imponiéndolo más tarde, el origen de los mexicanos modernos se remontaría a los antecedentes precortesianos, de igual manera que el origen de la Europa occidental está en Grecia y Roma, no en los bárbaros. Mas como no sucedió así, nuestro origen es el otro. Los mexicanos empezamos a ser cuando la cultura de los españoles arrasó la civilización aborigen y se dedicó a vaciar la carne indígena en los moldes del espíritu hispánico. Ello justifica que los mexicanos de hoy, sin desconocer nuestra sangre de indios—materia dócil que se rindió al golpe de una experiencia humana de cinco mil años que ella no había vivido o aprovechado—, tengamos no sólo el derecho, sino el deber, de declararnos herederos de la obra de la Conquista y la Colonia. Buena o mala—buena, digo yo,—esa obra la emprendió la más fuerte, la más culta, la superior de las dos ramas de nuestra stirpe. Los hom-

bres blancos que conquistaron y colonizaron a México son los antepasados nuestros, no los antepasados de los hombres blancos que hoy viven en España. Y si de lo que ellos hicieron es responsable la España de entonces, puesto que salieron de ella, nosotros somos el producto.

La consideración del elemento indio que hay en nosotros no debe apasionarnos ni desviarnos al estimar estas cosas. El México antiguo merece vivir fijo en su pasado inmóvil, tanto como Cuautémoc, que lo simboliza, en su monumento de bronce y piedra. Aquél es un México que pasó a las páginas de los libros, que se liquidó a sí mismo para no estorbar la vida de otro México nuevo y mejor, divorciado por completo de las raíces del primero. Andar queriendo remover ahora el polvo del México precelombino, fundamentalmente exótico para los mexicanos de nuestros días como puede serlo para un alemán o un francés, equivale a que se quisiera bajar de su pedestal al último emperador azteca para insuflarle vida y reinstalarlo en su trono. Cuautémoc representa, de una parte, un altísimo valor humano y heroico, digno de un recuerdo inmortal; pero, visto desde otro ángulo, representa, sobre todo, la muerte de un pueblo, el aniquilamiento absoluto de la identidad de una nación. La grandeza de Cuautémoc consiste en que supo sucumbir heroicamente, pero sucumbir. Él, último de los mexicanos antiguos, cayó para siempre frente a Cortés, el primero de los mexicanos nuevos. Cuautémoc es el héroe que para morir escogió un pueblo; Cortés el héroe de donde ha surgido el pueblo que sustituyó al otro. Y este nuevo pueblo, que es el nuestro, el del México europeizado por nuestros abuelos españoles, se debe tan íntegramente al conquistador de nuestros abuelos indios, como el Conquistador creyó deberse al país que fundara.

Ignoro si don Antonio Pignatelli Aragón Cortez, que ostenta el título de Marqués del Valle de Oaxaca, será en efecto la persona que pueda decir la última palabra sobre el pretendido traslado de los restos del Conquistador de México a la Península Ibérica. Si no lo es, habría que desear que lo fuera, pues su opinión, expresada ya en público, es la que responde al concepto verdadero y permanente de nuestra nacionalidad, al concepto que ha de prevalecer cuando, pasados los siglos, los mexicanos, libres ya de las pequeñas pasiones y rencores que ahora los dividen, sepan descubrir, mirando hacia su origen, cuál es el genuino punto de partida de su espíritu y el germen de su continuidad como grupo humano. Al asegurar que los restos de Cortés seguirán en México, el Marqués del Valle de Oaxaca no invoca razones de mexicanismo; se funda exclusivamente en la última voluntad de su «egregio antepasado». Y esto es lo más notable del caso, porque así se confirma cuán mexicana sigue siendo la figura del Conquistador: después de cuatro siglos, su voluntad coincide con lo más esencial del alma de México.

MARTÍN LUIS GUZMÁN

Madrid, Junio, 1926.

La flapper y La garçonne

Massa - girls

¿DÓNDE nació esa muchachita fina, de piernas largas, de músculos enjutos, de ojos inocentes y de labios pintados, a quienes los yanquis han bautizado con un nombre flexible y lleno de sonoridad, que suena en nuestra lengua como el nombre de un pajarillo?

En Francia se llama *la garçonne*. En nuestra lengua no tiene nombre. ¿Es que no existe *la flapper* en Hispano América? Sí, desde luego: pero no hemos procurado darle un nombre. Nos asimilamos primero la denominación de Margueritte, y ahora la de Tío Sam, y todos entendemos.

Entre *la garçonne* y *la flapper* hay diferencias evidentes; *la garçonne* es menos graciosa y es más decidida. *La flapper* es más audaz y es más inocente. Se parecen las dos como que son hermanas gemelas, hijas de nuestro siglo y de nuestra civilización.

Sería difícil averiguar en qué país del mundo hizo su aparición este elemento equívoco de la época actual. Prevost dió el primer alerta en *Demi vierges* anunciando un tipo curioso, contra cuya influencia nociva recomendaba a la sociedad ponerse en guardia. Pero antes que él, aunque presentándola como un tipo de originalísima excepción, se ocupó de ella una muchacha genial, Rachilde, en aquel libro prodigio de intuición y de precocidad: *Monsieur Venus*.

Indiscutiblemente es a Rachilde a quien corresponde haber inventado el personaje que iba a llenar después toda clase de literaturas y a inundar el mundo de polo a polo. *La garçonne* de Margueritte, Matilde de Prevost, Claudina de Colette, nada pueden enseñar a mademoiselle de Venerande, catedrática de libertinajes, de insensateces, de insanias, de absurdos. Verdad es que esta heroína de Rachilde parece más diseño de médico alienista o caso freudiano, que personaje de novela. De todos modos, los inventores de *la garçonne* en sus distintos nombres y facetas, han encontrado seguramente en *Monsieur Venus* fuente y manantial para derivar sus personajes. Ninguno de ellos ni todos juntos alcanzan a Mademoiselle de Venerande en procacidad y locura. La señorita de Venerande es casi un monstruo.

Cuando Colette lanzó su Claudina, muchacha bonita, osada, que arroja el rubor como un aditamento inútil, se levantó una polyareda de admiración y de escándalo, y se procuró identificarla con sus similares de la vida real. Ahora, junto a nuestras *flapper* y a nuestras *garçonne*s, Claudina no pasa de ser más que una ingenuilla sin importancia. Sus desenfados, sus brabuconerías, sus atrevimientos, provocarían una sonrisa irónica en muchas colegialas de catorce años. La heroína de Margueritte no tiene mayor importancia. Con excepción de esa primera caída con un desconocido, situación más ridícula que *epatante* y más inverosímil



“Boy”

(Tomado de *Social*. Habana).

(Dibujo de MASSAGUER)

que posible, sólo la todopoderosa *reclame* pudo hacer popular este libro mediocre. Sin embargo, Margueritte dió en todo sentido el golpe de gracia, no en el perfil moral de su heroína, que se parece, ya lo hemos dicho, a todas y a cada una de las anteriores, sino en ciertos detalles de pura exteriorización. Estilizó su tipo, le cortó los cabellos e inundó el mundo de cabelleras mutiladas. La vistió con traje casi masculino, le dió cigarrillos, le arrancó los pendientes y engomó sus flequillos y sus ondas peinándolas hacia atrás. La heroína de Margueritte resultó maniquí afortunado que impuso su tipo y traje de un solo golpe. Además, la bautizó con un nombre que iba a predecir su modalidad y sus destinos y le dió bríos para desafiar con él al mundo. Etiquetada en París, *la garçonne* se lanzó hacia todos los continentes con su historia ligera, su tenida arbitraria y su pasado precoz y misterioso. La imitaron todas, si no en el fondo, en la apariencia. La clásica muchacha desapareció, y se vió suplantada sin la más leve transición por esta otra, libre, de falda provocativa y cabellos cortados, que parapetea a veces inocencias auténticas bajo una rigurosa máscara de descaro.

Las consecuencias de esta innovación, para

cuyo resultado estallante han contribuido tantos factores todavía no las conocemos.

Pero no deja de resultar tarea grata hacer el análisis de esta personilla que, al abandonar su tradicional recato, ha venido a ocupar un puesto de trascendencia en la sociedad, en las orientaciones nuevas y hasta en la política.

En las audacias de la niña moderna, hay una escala imperceptible. El uniforme es eficaz, pero para un observador atento, es sin embargo fácil establecer diferencias, como le sería posible a este observador distinguir en un internado de señoritas bajo los uniformes sencillos e iguales, a la hija del nuevo rico, de la hija del viejo noble.

Entre las luces múltiples del *cabaret* a la moda y los chillidos de la orquesta de negros, la escala cromática de cabecitas portantes de todos los tipos de melena: *la flapper*, *la garçonne*, la virgen a medias...

La flapper es la mujer que no quiere dejar de ser niño. Las razas sajonas envejecen más tarde que las razas latinas. El sajón se hace hombre cuando ya está encorvado y tiene los cabellos blancos. El latino se hace hombre antes de tiempo y a veces nace hombre. En su precocidad desgraciada, apenas si vislumbra de paso la época deleitable que se llama infancia, y continúa grave, soportando la vida con aire de soportar una pesada carga. *La flapper* es sajona. Es la mujer que pretende repetir el suceso maravilloso de Peter Pan. Sus piernas han crecido, y están tan largas como las de su madre, pero no importa. Ella

ni quiere nada serio, ni quiere ser tomada en serio, y se abraza con todas sus fuerzas a esa juguetona infancia que pretende fugarse.

La flapper es una niña crecida, una mujer que pueriliza su espíritu, que se rodea de muñecas a quienes suele hacer ejecutar por contraste papeles de mujer. Con su melena de muchachito, sus tacos bajos, su cuerpo flexible a fuerza de someterlo a todo género de escarceos infantiles, pretende suprimir de la vida toda madurez y finalidad. Camina, pero no quiere llegar a ningún punto. «Ser niño siempre, morir siendo niño», parece ser su proyecto maravilloso. Si esta criatura fuera capaz de pensamientos orgullosos o de cualquier género de pensamientos, estimaría viejo a Voronoff, el de las complicadas teorías, un pobre viejo chicho...

La flapper ama, pero como los niños, sin complicaciones y sin lágrimas. *La flapper* suprimió de golpe el melodrama en la vida real. Si trabaja es jugando. Sus casas, adecuadas para que las habite su colección de muñecas importadas de Italia, puerilizan el mundo. En el juego del *flirt*, en que es maestra, enseña sus piernas tentadoras y provoca a los hombres con la peligrosa son-

risa de su boca de Colombina; pero la verdadera *flapper* es invulnerable. Da vuelta en torno del amor, en rápidos círculos luminosos, sin dejarse tocar. Las flechas de Cupido no logran hacer brotar una sola gota de sangre de su corpiño immaculado, y las tritura entre sus dedos como pajuelas para beber sorbetes. Se preocupa con egoísmo demasiado cínico de su belleza virginal, para consentir la arruga precoz de la desazón en su carita de *sportwoman*. Besa rara vez para no marchitarse los labios defendidos de toda intemperie por gruesa cinta de carmín. Acepta el amor como una partida de tennis, y en el perpetuo movimiento de su cuerpecito flexible, se diluye su sensualidad voluptuosa, que ya tiene bastante con la orquesta de negros, el perfume de moda, y el deporte genial de sus miradas libres.

El problema de Freud no existe para ella, porque para la *flapper* no existen los problemas.

El matrimonio es una cosa seria: la *flapper* no se casa. Y cuando se casa, su matrimonio no tiene la menor trascendencia. Se casa con su compañero de raqueta o de shimmy, porque sí, porque le ha venido el antojo de casarse. Tiene un hijo apenas, para quien discurre las modas más extrañas y deliciosas, y juega con él a las muñecas en su habitación de muñecas y con el marido juega a las visitas y al divorcio.

La *flapper* es una vagabunda. Tiene sed siempre y para satisfacerla, se multiplican en las ciudades las fuentes de níquel. Los tranvías, los automóviles, los transatlánticos, aumentan y crecen para satisfacer sus voluptuosidades andariegas. Su sed de placer agita el mundo. Trabaja jugando y derrocha el dinero de su trabajo y el del trabajo de los demás. Hombres y mujeres trabajan sin cesar para que este fragmento risueño de la sociedad pague a su peluquero, a su manicure, a su mueblista inverosímil y a su todavía más inverosímil modisto.

La *flapper* se ríe. En racimos jugosos—la *flapper* es social por excelencia—se ríe en todos los rincones del planeta. Desde la Tour Eiffel, resbala en torrentes de lava luminosa por toda la tierra con la insignia de su arte nuevo: no envejecer. La *flapper* amenaza convertir el mundo en un inmenso té danzante con ladridos de perros y armonías desorbitantes donde su cuerpo asexuado se agite a placer entre la guerra y la política, el arte y todo junto, cuyo sordo rumor le será un acompañamiento nuevo, cada vez más disminuído y menos verosímil.

La *garçonne* ríe, juega, es niño también, pero su infantilismo es más de apariencia. La *garçonne* es una fracasada. Tomó las cosas con demasiada gravedad. Niña todavía quiso ser mujer y un atroz desencanto la instó a enmascararse en su tenida infantil. La *garçonne* fuma sin alegría, con sensual voluptuosidad y lleva en los labios un rictus amargo. La *garçonne* es una soñadora y una desgraciada. Por base es descontenta. Huye entre el tumulto de sus hermanas *las flappers*, de sus turbulencias espirituales. La

garçonne es mala o es buena. Padece siempre porque no tiene fe. La *flapper* goza, la *garçonne* se aturde. Nació para una vida quieta con un marido amante y un racimo de niños juguetones. La vida se los negó y ella se venga de la vida amargándola cuando está en su mano. Tiene un desdén sombrío por lo que primero deseara tanto, y la naturaleza rencorosa de los fracasados. Odia a los hombres por aquel hombre que la repudió a ella, y como los anarquistas fructifican en los terrenos de la fuerte ambición, la *garçonne* creció y desarrolló sus impulsos rencorosos en medio del más desenfrenado amor al amor.

La *garçonne* viste como un hombre y vive como un hombre. Trabaja a veces como un hombre para poder rechazar con solemne desdén el apoyo del hombre. Odia todo lo que pudo amar y a pesar de su aire encantador y frágil, es en medio de la sociedad un elemento disolvente y anárquico, con una bomba de sarcasmos en cada una de sus manos pequeñas y crispadas.

La *garçonne* empieza a rozar las cosas como la *flapper*, pero acaba por entregarse, porque el dolor es sensual. La *garçonne* es casi siempre una virgen a medias. ¿Y por qué a medias, nada más que a medias? Porque conserva su aire juvenil, la exigüidad de sus caderas, que niegan espacio a la maternidad, su habitación vacía, donde no admite al compañero cuya voz o ademán pudieran turbar su sueño de virgen corrompida.

La virgen a medias se casa a veces por vengar en un hombre solo su rencor con los hombres, y continúa aún casada conservando su aire fino de doncella, la tensión erecta de sus pechos inútiles para todo infante, su cintura estrecha, su mirada de apariencia dulce aunque emboscada y feroz.

Algún suceso inesperado—un hijo, por ejemplo,—puede convertir su anarquía en concordia, como ocurre en ciertos comunistas pobres, a quienes una sorpresiva herencia les torna reaccionarios; pero el mal de virgen a medias se cura rara vez.

MARÍA MONVEL

Correos: Casilla 3518.
(El Mercurio, Santiago, Chile).

A España

12 de octubre de 1926

Es tuyo el Nuevo Mundo.
No importa ¡oh no! que soberano sea.
Por ti, Colón, el mundo que soñaba,
descubrió; y por ti, ¡oh madre excelsa!
sus hijos son tus hijos,
porque llevan la sangre de tus venas.
Si el Genio de Bolívar
le dió la independencia,
tú le diste primero
todo lo que hay de grande en la conciencia,
de noble y de sublime:
Idioma, Religión, el alma Ibera
de los Hernán Cortés y los Pizarro.
Esa alma heroica, que en tu seno llevas.
Por eso de este día
en la gloriosa fecha,
la Fiesta de la Raza
con júbilo celebra
y unidos los pendones
tremola tu bandera.
Oh España, ¡invicta España!
fecunda engendradora de epopeyas.
Es tuyo el mundo, que Colón soñaba.
Mentiras que decaiga tu grandeza.
Aún no se pone el sol en tus dominios...
No hay para un astro espiritual, fronteras!!

LUIS R. FLORES

Hacienda «Montebello»
San Isidro de Alajuela.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción
y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga **Cervecería TRAUBE** se refiere a una em-singular en Costa experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

El umbral encendido de un nuevo Renacimiento

EN esos últimos años del siglo xv, que fueron como una divina iniciación del mundo, el género humano abandonó, con el buque de Cristóbal Colón, sus antiguos dominios. Faltándole la tierra iba, bajo la tranquila fe de las estrellas, con los ojos iluminados por una esperanza profética, hacia el misterio inexplorado, para satisfacer el ensueño impreciso y poderoso que llenaba su alma. Un viento desconocido hinchaba la vela de la inteligencia humana y el Destino, queriendo renovar el precioso milagro de la Grecia antigua, arrojó sobre la onda ese desperdicio celeste: el genio de un hombre, y un mundo surgió, deslumbrante, de la espuma salada.

Desgraciadamente, el hombre europeo, llevando en su corazón, más allá de los mares, la llaga viva que lo hacía triste e inoportuno a él mismo, y no encontrando, bajo la claridad misteriosa de los astros nuevos, ningún bálsamo para curar su mal, no tardó en llenar la América con esas dificultades fiebrosas, esas necesidades sangrientas y esas ásperas codicias que hacen de la existencia una fermentación del dolor. Entonces comenzó la vida de los Conquistadores, que fué un prodigio de cada día. En guerra perpetua con los indígenas y la naturaleza, hasta el punto que puede decirse que no hay un rincón del nuevo continente, que no haya sido regado con su sangre altanera o su altanero sudor, su victoria no pudo prolongarse sino por una tensión extrema de todos sus resortes. Su fuerza provenía de la reunión de todas sus fuerzas. Y si los Conquistadores fueron tan poderosos es porque realizaron, aunque rebajándolo a causa de su crueldad, el ideal de conquista que obsedía el alma de todos los hombres de aquella época.

Sin embargo, perdidos en el seno de una naturaleza exótica, no tardaron en ser modelados por ella y, como la falange macedoniana transportada en oriente, olvidaron su suelo natal. Los conquistadores se habían transformado en colonos.

La España, desconociendo, entonces, su rol de potencia civilizadora, encerró bajo siete llaves a esos recién aparecidos, arrebatándoles toda esperanza, todo porvenir y cercenándoles toda aspiración elevada. Privados por la falta de inmigración y de invasiones, de todo contacto con las razas extranjeras, y reducidos por la Metrópoli a reformas tan mínimas que todo progreso era imposible, ellos se vieron arrojados en el vacío social, que es el más espantoso de los vacíos, porque de él no puede salir ningún heroísmo. Perdidos en los confines del mundo y secuestrados del resto de la especie humana, pasaron tres siglos en esa prisión. Y mientras que, en el aislamiento en que la América yacía sumida, el alma de las cosas no cesaba de buscar un eco en las ciudades nuevas, los hombres no cesaban de llamar hacia ellos, los espíritus, las

formas, los genios que en aquella tierra estaban sepultados y que no debían de responder sino mucho más tarde, cuando la bagueta mágica de la libertad iba a hacerlos revivir de sus cenizas milenarias. Esos pueblos eran como almas en pena que, para orientarse a través de la noche profunda de su historia, no habían tenido más que su instinto de salvación—el cual les había servido de ciencia y de poesía—y que llamaban con todas sus fuerzas al héroe destinado a revestirlas de gloria.

De súbito, a comienzos del siglo xix, en los precisos momentos en que el hombre aguardaba el milagro prometido por el soplo inflamado de la Revolución Francesa, el continente americano se sintió movido por el deseo de romper los muros que lo circundaban. Señalados con la marca de la vieja España y animados, por consiguiente, del espíritu de las más altas aventuras, a esos pueblos les bastó asentar sus pies en las épicas huellas de sus antepasados para sembrar, en la bóveda viviente de la humanidad, una constelación de Repúblicas.

Hasta ese momento, la América no había producido, frente a la Europa, más que una oposición del hombre y de la naturaleza; pero, a medida que las tradiciones comenzaron a amasarse en ella y que el tipo de todas las razas fué en ella depositado, esos países, creciendo con la hierba de las pampas, desbordándose con el agua de los Amazonas y cubriendo con su rumor el rumor de las cataratas, comenzaron a pasar y a repasar por el espíritu del viejo mundo como larvas que se agitaban apenas, pero que hacían bastante ruido para turbarle el sueño.

Por mucho afán que las antiguas colonias españolas hayan puesto en libertarse, han llegado demasiado tarde en un mundo demasiado viejo y todas han guardado un carácter, a la vez, prematuro y atrasado de primavera artificial; pero, es preciso convenir que sus incertidumbres, más fisiológicas que morales, no tienen nada de atristante, ni de doloroso. Desde luego, porque ellas han tenido la salvaje ternura de la naturaleza, la cual las ha dotado de tierras inagotables, de extensiones que son la cuna de fortunas prodigiosas, de selvas vírgenes que constituyen una reserva de tesoros escondidos y de montañas que son verdaderas cajas de hierro, pues encierran todos los tesoros imaginables; y enseguida, porque, habiendo venido al mundo en una época en que la humanidad, teniendo bastante experiencia y sabiduría para liberarlas de los duros aprendizajes, ha podido evitarles siglos de errores, de tanteos, de retrocesos o de saltos en las tinieblas. Así, nada les ha impedido de ponerse, desde el primer instante, a la tarea formidable de fundar, en esas lejanas comarcas, civilizaciones de inspiración europea, tomando de cada nación de Europa lo que ella tiene de mejor

y con una tendencia muy marcada a inspirarse, sin perder el gusto de la cultura latina, de los métodos caros a las razas del Norte.

Lo que constituye la base esencial del poder de esas jóvenes naciones y del rol inmenso que ellas están llamadas a desempeñar en la humanidad futura, es que, perteneciendo todas a una misma unidad social, hablando una misma lengua, teniendo los mismos sentimientos, poseyendo costumbres parecidas y parecidos intereses, están destinadas a olvidar los puntos que las separan, para no considerar más que aquellos que las unen. Porque, si hay algo que las divide, es precisamente el exceso mismo de su analogía. Mientras más los hombres se parecen en el fondo, más tienden a probar su individualidad y a hacer resaltar las apariencias que los separan. Hay una cierta dulzura en descubrir en uno mismo genios familiares con los cuales uno concluye por creerse solo en vivir en inteligencia, sacando, de un tal privilegio, una prueba infalible de superioridad. Sin embargo, es precisamente esa soledad orgullosa la que debe de cesar, porque todos esos hijos de la duración, no forman más que una misma familia, ya que entre ellos se completan y se exaltan mutuamente. La luz de los unos rebota sobre los otros y teniendo todos y cada uno, conciencia de la tarea que les está destinada, no hay una fibra que pueda ser sacudida en ese gran cuerpo, sin que todas las otras no se estremezcan al mismo tiempo. Por otra parte, siendo todos hijos de una misma madre, ellos están unidos por el secreto e indisoluble lazo de una comunidad de sangre y de ideas; lazo difícil de olvidar, como lo prueba el hecho de que hayan sido Chile y la Argentina los que han inaugurado en el mundo, la era de la armonía, sometiendo sus litigios de fronteras, al recurso humano y salvador del arbitraje.

Durante largo tiempo se creyó que en la naturaleza había tantos genios diversos como cosas. Ningún árbol, ningún río, ninguna roca que no tuviese su demonio particular. Todo era discordia y la armonía no estaba en ninguna parte. Pero, lo que el hombre se elevó de la idea de esos genios diferentes a la idea de un solo genio presente en todas partes, el mundo, falsamente dividido, pareció entrar en el orden y en la paz inmutable. Así, si se arroja una mirada sobre la antigüedad, se ve que fuera de los muros de la ciudad, todo es barbarie y muerte. En nuestros días, menos intensa en el seno de cada pueblo, la vida se dilata hacia fuera. Si se considera cada país en particular, no se encuentra más que fragmentos, esbozos, discordancias, y el sentido, la intención misma de ese pueblo, se escapa. Si por el contrario, se considera el conjunto, todo adquiere un sentido, una vida, una grandeza evidente.

Es la guerra de la Independencia quien le ha dado a la América su unidad moral; son la industria y el comercio quienes la han desenvuelto y es el arte quien parece destinado a consagrarla. Y ¿quién puede

calcular lo que la visión rápida de todos esos climas así aproximados y unidos en uno solo, lo que el cambio simultáneo de formas, de tradiciones, y esa alma única dispensada a todo un continente, son capaces de producir como efectos, como invenciones, como tipos mismos, desconocidos en la historia? ¿Se sabe lo que esos pueblos tienen por tarea de expresar? Y ¿qué combinaciones, qué relaciones, qué acuerdos nuevos en la inteligencia del hombre están reservadas a esas sociedades nacientes, que el destino llama a todas las formaciones de una humanidad superior? Por lo demás ¿cómo un estado tan nuevo para el mundo, no despertaría vastas esperanzas? Uno llega a creer que ante el espectáculo de esos lentos preparativos de la naturaleza, una inmensa expectación va a apoderarse de los espíritus y que, viendo aparecer, poco a poco, los planes y la perspectiva del porvenir, nadie podrá — aunque la escena esté todavía vacía a medias — permanecer indiferente.

Yo no sé qué profeta (pero habrá uno, como Moisés en el desierto), se levantará antes que el día, para sorprender el secreto de ese mundo dormido. Y asociándolo al secreto del hombre, compondrá el nuevo evangelio del nuevo universo. Entonces, la humanidad, viéndose reconstituida sobre un tipo extranjero y sintiendo que se pasan cosas maravillosas en torno de ella, traspasará, empujada por una fuerza inaudita, el umbral encendido de un nuevo Renacimiento.

LEONARDO PENA

10. Rue Albert de Lappareut. PARÍS.

Con un cariñoso saludo para el querido y recordado amigo García Monge, cuya tenaz labor admiro y aplaudo.—L. PENA.

Gabriela Mistral

Calmosa su palabra segura y comprensiva; su voz rítmica y suave, toda cordialidad; y sus ojos, oscuros, afectuosos, sinceros: diríase mensajera de la Serenidad.

Y dice:

«En mi país, ahora que no me pidan nada! ¿Qué quieren que yo haga bajo mi cielo azul? Les he dado los dones mejores de mi vida: les dí mi juventud!»

Y pasa su mirada sobre toda la América:

«Que en nuestras tierras haya fervor,
[idealidad!
Que luchen los que puedan porque ya yo no
[puedo;
mi corazón se encuentra cansado de luchar!»

De cuando en cuando fija los ojos en la
[alfombra;
su voz continúa suave, toda cordialidad...
Así que la he escuchado dos horas, yo diría
que ella es sacerdotisa de la Serenidad!

M. T. SALAZAR

Bruselas. 30, abril, 1926.

La oración por el indio

(Ante un indígena de Chirripó)

Cansino el paso y anhelante el pecho,
receloso el mirar, baja la testa,
el indio va venciendo en el deshecho
la penosa congoja de la cuesta.
Lleva un cordel a la siniestra asido
con paternal y receloso esmero,
y un perro flaco del cordel uncido
le da fidelidad de compañero.

Cobrizo fué la faz de su ralea
cuando cazaba lista como un gozque
y trajinaba heroica en la pelea,
entre las sombras de su propio bosque;
hoy, ya cansada el alma de su raza
y el corazón de timideces lleno,
no persigue jaguares en su caza
que allana con temor el bosque ajeno.

Cobrizo fué su faz, quizá de bronce,
cuando asoleó su faz sobre la cumbre,
hoy, perdidos los impetus de entonces,
es de hierro, teñido por la herrumbre.

Su gesto de proscrito—es un proscrito
que en el propio solar llora su queja—
me dice del dolor casi infinito
de ser león y de sentirse oveja.

Viene hacia la ciudad, cansado y pobre,
a vender una piel—casi un tesoro—
viene a buscar el miserable cobre
quien hizo luz con sus espejos de oro.
Viene hacia la ciudad, todo recelo,

arrastrando el dolor de su ostracismo;
me mira, llama al can y mira al suelo.

¿Señor, a dónde fué tanto heroísmo?
Señor, Señor, tú que en la virgen fuente
haces que el sol su lumbre multiplique,
arde en tu fuego al indio, y que reviente
la indómita soberbia del cacique.

Señor, Señor, tú que lo viste un día
semidesnudo, pero el alma erguida,
sobre la frente la policromía
de sedosos plumajes, y en su vida
un soberbio derroche de heroísmo,
Señor, ¿qué dice tu palabra santa
hoy que está temeroso de sí mismo
bajo el abrigo de su tosca manta?

Redímelo, Señor. Quema su rancho
y fortalece su vivir enclenque,
y dale con tu cielo altivo y ancho
techumbre de grandeza a su palenque;
pon en su mano el arco y a su pecho
torna el valor de su fecunda raza,
que no es justo, Señor, dejar sin techo
al que partió su pan y dió su casa.

Yo te imploro, Señor, por su destino,
por su noble destino americano.
Si tú no has de venir por su camino
dale al menos tu Buen Samaritano.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Setbre. 1926. En Turrialba.

Señas de escritores

Cuarta lista

Serafín del Mar. Casilla 409. La Paz. Bolivia. O: Huancayo. Perú.

Julio Noé. Cangallo 315. (Escr 96). Buenos Aires. Rep. Argentina.

León Pacheco. EN PARISINA. 61, Boul. Haussmann. France. París.

Alfredo L. Palacios. Calle 7, N.º 776. La Plata. Rep. Argentina.

Presbítero Pallais. León. Nicaragua.

Sig. Giovanni Papini. Via Colletta, 10. Firenze. Italia.

Leonardo Pena. 10, Rue Albert de Lappareut. París.

Ildefonso Pereda Valdés. EN LA CRUZ DEL SUR. Treinta y tres, 1478. Montevideo. Uruguay.

Carlos Pereyra. Lista, 66. España. Madrid.

R. Pérez de Ayala. Espalter, 11. Madrid. España.

Victor Pérez Petit. Agraciada, 1754. Montevideo. Uruguay.

José Pijoan. Pomona College. U. S. A. California.

Pedro Prado. Casilla 3915. Santiago. Chile.

C. Prendez Saldías. Casilla 124 D. Santiago. Chile.

Ufficio Prezzolini. 89, Via Nazionale. Italia. Roma (3).

Mario Puccini. Cassella Postale 188. Italia. Ancona.

E. Quesada. Libertad. 948. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Antonio Restrepo Gómez. Academia Colombiana. Bogotá. Colombia.

Carlos Rey de Castro. Villa Guaraní. Asunción. Paraguay.

Alfonso Reyes. 144 Boulevard Haussmann. France. París.

Luis Felipe Rodríguez. Caridad, 28. Manzanillo. Cuba.

E. Rodríguez Mendoza. Montalbán, 11. España. Madrid.

J. Rodríguez Pereira. Liceo Dep. de 2.ª Enseñanza. Treinta y Tres. Uruguay. Montevideo.

E. Roig de Leuchsenring. Cuba, 52. Habana. Cuba.

Diógenes de la Rosa. Panamá. R. de P. Lic. Manuel Roy. Apartado de Correos 873. Panamá. Rep. Panamá.

M. Salas Marchán. Casilla 547. Santiago. Chile.

Vicente A. Salaverri. Colonia, 2113. Montevideo. Uruguay.

Dr. C. E. Restrepo. Medellín. Colombia.

C. Rivas Cherif. Mantuano 12, Villa Ibarra. Prosperidad. Madrid. España.

José María Salaverri. Hermosilla, 39. Madrid. España.

Mi. Segundo Sánchez. Ap. N.º 32. Caracas. Venezuela.

La herida invisible

—Tomado de *Social*. Habana—

UNA mañana, muy temprano, estando aún en el lecho un famoso cirujano, recibió la visita de un paciente que insistió en que su caso no podía ser pospuesto ni un minuto; pidió atención inmediata. El cirujano se vistió apresuradamente y llamó a su criado.

«Haga pasar al enfermo», dijo.

El hombre que entró parecía pertenecer a la mejor clase de la sociedad. Su pálido rostro y continente nervioso acusaban sufrimiento físico. Su mano derecha estaba vendada, en cabestrillo, y, aunque el paciente lograba dominarse, un gemido doloroso se escapaba a intervalos de sus labios:

«Tenga la bondad de sentarse. ¿Qué puedo hacer por usted?»

«No me ha sido posible dormir durante una semana. Algo me ocurre en la mano derecha. No puedo explicarme qué es. Quizás sea un cáncer u otra dolencia terrible. Al principio no me molestaba mucho, pero últimamente empezó a escocer. No he tenido un momento de alivio. Me duele horriblemente. El dolor aumenta por momentos, haciéndose cada vez más insoportable. He venido a la ciudad a consultar a usted. Si tengo que sufrir así una hora más, me volveré loco. Quiero que usted lo queme o lo corte, o haga algo que me libre de él».

El cirujano confortó al paciente declarando que quizás no era necesario operar.

«No, no», insistió el hombre. «Tiene que ser operado. He venido expresamente para que la parte afectada sea extirpada. No hay otro remedio».

Sacó la mano del vendaje con considerable esfuerzo, y continuó:

«Tengo que decirle que no se sorprenda si no ve usted herida alguna visible en mi mano. El caso es completamente extraordinario».

El doctor aseguró al paciente que no tenía por costumbre asombrarse ante cosas fuera de lo usual. Sin embargo, después de mirarla, dejó caer la mano atónito, porque aparentemente nada había en ella de anormal. Se parecía a cualquiera otra mano; no estaba siquiera descolorida. Empero, era evidente que el hombre sufría terribles dolores, porque la manera con que agarró su mano derecha con la izquierda cuando el galeno la dejó caer, demostraban ese extremo de un modo concluyente.

«¿Dónde le duele?»

Señaló un punto entre las dos grandes venas, pero retiró vivamente la mano cuando el médico tocó el lugar cautelosamente con la punta de su dedo.

«¿Es ahí donde duele?»

«Sí, terriblemente».

«¿Siente usted la presión cuando apoyo ahí el dedo?»

El hombre no acertó a contestar, pero las lágrimas que asomaron a sus ojos hablaban elocuentemente.

«Es extraño. Nada puedo ver».

«Yo tampoco, pero el dolor está ahí, y

prefiero morir antes que seguir de este modo».

El cirujano examinó de nuevo el miembro en toda su extensión, con un microscopio, tomó la temperatura del paciente, y finalmente movió la cabeza, intrigadísimo.

«La piel está perfectamente saludable. Las arterias están normales; no hay la menor inflamación o hinchazón. Es una mano tan normal como la que más».

«Creo que está enrojecida un poco en ese lugar».

«¿Dónde?»

El visitante señaló un círculo en el dorso de su mano del tamaño de un céntimo aproximadamente: «Aquí».

El doctor miró al hombre. Empezaba a sospechar que tenía que habérselas con un lunático.

«Usted tendrá que permanecer algún tiempo en la ciudad», dijo, «y trataré de atenderlo dentro de unos días».

«No puedo esperar un minuto. No crea, doctor, que está usted tratando con un aliado, o un iluso. Esta herida invisible me hace padecer horriblemente y deseo que usted corte ese punto que le he señalado, que lo extirpe hasta el hueso».

«No haré eso, señor».

«¿Por qué no?»

«Porque nada le ocurre a su mano. Está tan sana como la mía».

«Usted se inclina a pensar que soy un loco, o que lo estoy engañando», dijo el paciente mientras extraía de su cartera un billete de banco de mil florines y lo colocaba sobre la mesa. «Vea usted que hablo en serio. El asunto es importante para mí puesto que pago un millar de florines. Hágame el favor de proceder a la operación».

«Si usted me ofreciera todo el dinero del mundo no tocaría yo un miembro sano con el bisturí».

«¿Por qué no?»

«Porque no estaría de acuerdo con la ética profesional. Todo el mundo lo declararía a usted un idiota y me acusaría de aprovecharme de su debilidad, o declararía que era incapaz de diagnosticar una herida que no existía».

«Muy bien, doctor. Entonces he de pedir a usted otro favor. Yo mismo me operaré, aunque mi mano izquierda resulte algo torpe para ello. Todo lo que le pido es que atienda a la herida después de la operación».

El cirujano vió con asombro inmenso que el hombre no bromeaba y que se arremangaba la camisa después de quitarse la levita. El paciente abrió su cortaplumas, a falta de otro instrumento. Antes que el doctor pudiera intervenir, el visitante se había hecho una profunda incisión en la mano.

«¡Deténgase!» gritó, temeroso de que el sufriente cortase alguna vena importante. «Puesto que usted se empeña lo haré yo».

Preparó la operación. Cuando llegó el momento de cortar el doctor avisó a su cliente que volviese la cabeza, porque la

vista de la propia sangre generalmente trastorna a la gente.

«Es innecesario», dijo el otro. «Debo dirigir la mano de usted de modo que sepa hasta donde tiene que cortar».

El extraño visitante soportó la operación estoicamente y ayudó al cirujano con sus indicaciones. Su mano no tembló lo más mínimo, y cuando el círculo de carne señalado fué extirpado suspiró de alivio, como si un gran fardo se hubiese desprendido de sus hombros.

«¿No siente dolor ahora?», preguntó el cirujano.

«En lo absoluto», dijo con una sonrisa. «Es lo mismo que si el dolor hubiese sido cortado, y la leve irritación producida por la herida parece una fresca brisa después de salir de un horno. Deje correr la sangre. Me calma».

Después que la herida estuvo vendada, el forastero parecía feliz y contento. Estrechó con gratitud la mano del médico con su mano izquierda.

«Le estoy muy agradecido, en verdad».

El médico visitó a su cliente en el hotel varias veces después de la operación y llegó a estimar mucho al hombre, quien ocupaba un alto puesto en el distrito. Era muy instruido y educado, perteneciendo a una de las más distinguidas familias del país.

Después que la herida estuvo completamente cicatrizada, el forastero regresó a su residencia campestre.

Tres semanas después apareció de nuevo el paciente en el gabinete del médico. Llevaba otra vez la mano en cabestrillo y se quejaba del mismo fiero dolor en el propio lugar donde le dolía antes de la operación.

Su cara estaba pálida como la cera y un sudor frío brillaba en su frente. Se desplomó en una silla, y sin pronunciar palabra alargó su mano al doctor para que la examinara.

«¡Gran Dios! ¿Qué ha ocurrido?»

«Usted no extirpó suficiente tejido», gimió. «El dolor ha vuelto; esta vez más atroz que antes. Ya no puedo más. No lo quería molestar de nuevo, doctor, así es que lo soporté, pero ya es irresistible. Tiene usted que operar de nuevo».

El cirujano examinó la cicatriz. El punto operado ya estaba completamente sano, y recubierto con piel nueva. Las venas estaban intactas, el pulso normal. No había fiebre, empero el hombre temblaba de pies a cabeza.

«En mi larga práctica nunca he visto u oído, un caso semejante a éste».

No había nada que hacer sino repetir la operación. Todo pasó lo mismo que la vez anterior. El dolor cesó, y aunque el paciente experimentó un gran alivio, esta vez no acertó a sonreír, y cuando dió las gracias al doctor fué con una expresión triste y cansada.

«No le sorprenda si estoy de vuelta antes de un mes», dijo, con aire desesperanzado. «Hasta la vista».

El cirujano discutió el caso con varios de sus colegas, cada uno de los cuales emitió

una opinión diferente. Ninguno, sin embargo, pudo dar una explicación satisfactoria.

Un mes transcurrió y el paciente no dió señales de vida. Pasaron varias semanas más, y entonces, en vez del paciente, llegó una carta expedida desde su residencia campestre. El médico la abrió con alegría, pensando que el dolor no había vuelto. La carta decía así:

«Querido doctor: No quiero que usted permanezca en duda respecto al origen de mi mal, y no deseo llevarme ese secreto a la tumba, o quizás a otro lugar. Deseo comunicarle la historia de mi terrible enfermedad. He sufrido tres recaídas y mi propósito es no luchar mucho tiempo más contra ella. Si puedo escribir esta carta es solamente porque he puesto una ascua sobre la llaga invisible como un antídoto contra las llamas infernales que en ella arden.

«Hace seis meses yo era un hombre muy feliz. Rico y saludable, encontraba placer en todo lo que pueda atraer a un hombre de treinta y cinco años. Me casé hace un año. Fué un matrimonio por amor. Ella era señorita de compañía de una Condesa que vivía cerca de mi posesión rústica. Me amaba y su corazón estaba lleno de gratitud. Durante seis meses el tiempo pasó felizmente, cada nuevo día aportando más dichas que el anterior. Ella caminaba millas y millas por salirme al encuentro en el camino cuando yo iba a la ciudad, y sus únicas y cortísimas visitas eran a su antigua ama. Su cariño hacía mi comenzaba ya a ser proverbial. Nunca bailaba con otro hombre en las fiestas, y se confesaba como de haber cometido un crimen si le ocurría haber soñado con otra persona en su sueño. Era una adorable e inocente criatura.

«No puedo decir cómo es que llegué a tener conocimiento de que todo en ella era fingimiento. Los hombres somos siempre unos tontos, buscándonos penas en medio de las mayores venturas.

«Mi esposa tenía un costurero, cuya gaveta ella siempre tenía bajo llave. Esto empezó a torturarme. Noté a menudo que nunca se separaba de la llave y que la gaveta siempre permanecía cerrada. ¿Qué podía ser lo que ella escondía tan cuidadosamente? Enloquecí de celos. No creía ya en sus ojos inocentes, en sus tiernos besos y cariñosos abrazos. ¿No sería todo ello pura astucia y falsía?

«Un día vino la Condesa a invitarla a pasarse el día en su castillo, logrando persuadirla después de grandes instancias. Prometí reunirme con ellas por la tarde.

«El coche había salido apenas del patio cuando ya estaba yo tratando de abrir la gaveta del costurero. Una de las muchas llaves que probé logró al fin abrir el cajón. Escombreado entre los adminículos femeniles encontré un sobre de seda que contenía un paquete de cartas. Eran, por supuesto, cartas de amor, atadas juntas con una cinta rosada.

«No me detuve a considerar que no era honorable cometer tal indiscreción: ¡buscando secretos de la infancia de mi mujer! Algo

me impulsó a proseguir; ¿quizás pertenecerían a una época posterior—desde que llevaba mi nombre? Desaté la cinta y leí las cartas por su orden de fechas.

«Fué el momento más horrendo de mi vida.

«Las misivas me revelaron la más imperdonable traición jamás cometida contra un hombre. Estaban escritas por uno de mis más íntimos amigos. ¡Y en qué tono!... Revelaban la más tierna intimidad y la pasión más profunda. ¡Cómo le recomendaba discreción! ¡Lo que decía de los maridos estúpidos! ¡Lo que le aconsejaba para que mantuviese a su esposo en la ignorancia! Todas habían sido escritas después de nuestro casamiento. ¡Y yo que me creía feliz! Renuncio a describir mi sentimiento. Bebí el veneno hasta la última gota. Después volví a poner las cartas en su escondite, cerrando de nuevo la gaveta.

«Yo sabía que si no iba a buscar a la infiel al castillo ella regresaría temprano. Eso fué lo que ocurrió precisamente. Saltó alegremente del carruaje y corrió a mi encuentro, besándome y abrazándome con la mayor ternura. No dí muestras del estado de mi ánimo.

«Charlamos, cenamos juntos y nos fuimos a la cama como de costumbre, cada uno a su alcoba. Ya a esa hora yo había decidido un curso de acción que llevé a cabo con la testarudez de un maniaco. ¡Qué miserable falacia la de la Naturaleza al dotar al pecado con tan ingenuo rostro! me dije al entrar en su cuarto a media noche y contemplar su bella e inocente faz durmiente. El veneno había hecho efecto en mi alma y se había abierto paso por todas las venas de mi cuerpo. Puse mi mano derecha silenciosamente en su garganta y apreté con todas mis fuerzas. Abrió los ojos un instante y me miró asombrada, después los cerró de nuevo y expiró. No hizo un movimiento en defensa propia; murió mansamente, como si estuviese en un sueño. No abrigó rencor contra mí por haberla matado. Una gota de sangre destilaron sus labios y cayó en mi mano—usted sabe el lugar. No la noté hasta por la mañana después que se había secado. La enterramos sin gran ceremonia. Como vivíamos en el campo no vino autoridad alguna a investigar. Además, nadie hubiera sospechado nada en el asunto, porque la fallecida era mi esposa. Ella no tenía parientes ni amigos, y no hubo que contestar a ninguna pregunta. Las notificaciones de su muerte las mandé adrede después de sus funerales, para evitarme importunidades de la gente.

«No sentí remordimiento de conciencia. Había sido cruel, pero ella se lo merecía. La olvidé fácilmente. No ha habido asesino que haya cometido su crimen con más indiferencia que la que yo tuve.

«Cuando llegué a mi casa de regreso del camposanto, la Condesa acababa de descender de su coche. Llegó demasiado tarde para asistir al entierro, tal como yo había planeado. Ella estaba tremendamente conturbada. El terror y lo imprevisto de la noticia la tenían alelada. Me habló de un modo

ininteligible para tratar de consolarme. La escuché sin interés, en verdad, porque yo no necesitaba consuelo. Después se apoderó de mi mano con aire de intimidad y me dijo que quería confiarme un secreto, añadiendo que esperaba que yo no me aprovecharía de su conocimiento.

«Entonces me comunicó que ella había confiado un paquete de cartas a mi difunta esposa; no podía en modo alguno guardarlas en su propia casa debido a su peculiar carácter, y me preguntó si yo tendría la bondad de devolvérselas. Sentí un escalofrío correr por mi médula al oír esa confesión. Con fingida calma le pregunté qué contenían esas cartas. Tembló al escucharme y dijo:

«Su esposa era la mujer más fiel y leal que he tratado. Ella no me preguntó lo que contenían; más aun, me dió su palabra de no mirarlas siquiera».

«¿Dónde guardaba esas cartas?»

«Dijo que las tenía bajo llave en la gaveta de su costurero. Están atadas con una cinta color de rosa. Son treinta cartas en conjunto».

«Llevé a la Condesa a la habitación donde estaba el costurero y abrí el cajón. Cogí el paquete y se lo entregué a su dueña.

«¿Son éstas las cartas?»

Se apoderó de ellas ávidamente. Yo no me atrevía a alzar los ojos por temor de que ella leyese algo en mi mirada. Se despidió poco después.

«Exactamente una semana después de la inhumación me asaltó un dolor vivísimo en el punto donde me había caído la gota de sangre la noche terrible... El resto ya lo sabe usted. Sé que no es otra cosa que auto-sugestión, pero no logro desprenderme de ella. Es mi castigo por la precipitación y la crueldad con que inmolé aquella inocente y adorable criatura. Renuncio a luchar contra mi obsesión. Voy a reunirme con Ella y trataré de obtener su perdón. Seguramente me perdonará. Ella me amará lo mismo que me amaba en vida.

«Le doy las gracias, doctor, por todo lo que ha hecho por mí».

CAROLY KISFALUDI

(Versión de GONZALO G. DE MELLO).

De CAROLY KISFALUDI dice nuestro colega *Social*:

«Uno de los más notables precursores, junto con su hermano Alex, de la moderna literatura húngara. Se distinguió más bien como autor dramático que como cuentista. Llevó una vida aventurera y bohemia. Aunque es un escritor clásico, sus trabajos tienen un aire de actualidad sorprendente, como podrá observarse en LA HERIDA INVISIBLE, escrita hace más de un siglo».

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Órgano del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.

El problema de la tiranía en América

El problema de la tiranía en América ha de ser de interés vital a los puertorriqueños tanto como a todos los iberoamericanos, por encarnar modalidades especiales de nuestra psicología y nuestra cultura de raza, y por existir maneras en las que los países iberoamericanos donde se respetan por el momento las libertades civiles, pueden ayudar a los pueblos hermanos donde no se respetan esas libertades.

Para estudiar la tiranía en América con miras de variar el estado social que la produce, no pueden encontrarse dos ejemplos más a propósito que los de Venezuela y México. En el primero de esos países se ha desarrollado la forma dictatorial hasta su grado máximo. En el segundo se está experimentando, con éxito sorprendente, la manera de desterrar esa forma de la vida política nacional.

La dictadura en Venezuela, como las realidades políticas en todas partes, no se debe exclusivamente a la maldad de los hombres dirigentes. Es muy posible que un dictador sea una buena persona, y en el pasado Venezuela ha visto en su silla presidencial dictadores de esta clase. Pero la dictadura es perniciosa como institución, sean cuales fueren las cualidades personales del dictador.

Los gobernantes, por lo general, son tan liberales como se les obliga a ser. Su tendencia es extender su autoridad. Cuando existen factores populares capaces de limitar la autoridad del gobernante, el gobierno es liberal. Cuando faltan, el gobierno es autoritario.

El problema de Venezuela, pues, como el de otros pueblos de América que se encuentran en circunstancias parecidas, consiste en desarrollar en su seno tendencias poderosas que limiten, dentro del orden, la autoridad del gobierno. Esta es la necesidad básica, modificada en cada país por las peculiaridades de su constitución social. La constitución política efectiva de Venezuela—no la escrita—tiene raíces en la constitución social de Venezuela. Lo que confronta a los modernos Bolívars de la cuna de la libertad americana es la necesidad de modificar la constitución social de su patria hasta el punto en que la dictadura, como modalidad moral, se haga imposible.

Esto precisamente es lo que se hace hoy en México. La dictadura porfirista en aquel país tuvo por base la ignorancia popular, el control de la tierra por fantásticos latifundistas, la ausencia de organizaciones populares de fiscalización y oposición. Los hombres que llevan el timón en el México actual han comprendido que para destruir la tendencia dictatorial es necesario variar la constitución social, redistribuir los poderes de las distintas clases que forman la nación. Su programa agrario, según se va realizando, merma el poder de los grandes terratenientes, aumentando la independencia económica del pueblo, fundamento de su independencia política. Al extender el sistema educativo elemental por toda la na-

ción, van poniendo al pueblo en condiciones de utilizar con cierta inteligencia su nueva libertad. Al darle amplias libertades al movimiento obrero para crear organizaciones poderosas, fomentan la fuerza más cohesiva de las que pueden limitar los desmanes de un gobierno. Ese programa de acción nos parece el más indígena, el menos teórico, de los que pueden formularse y ejecutarse para garantizar la libertad política y civil en los pueblos indoespañoles.

Parece algo prematuro y sentimental proclamar la realización inmediata de la democracia como norma política de nuestra América. La democracia sólo puede funcionar pasablemente en pueblos donde la información popular sea extensa, si no profunda. Y es este el ideal que no puede realizarse en pocos años. Por mucho tiempo todavía, el poder político en nuestra América ha de tener su base principal en uno o varios sectores de la sociedad de cuya organización emane la autoridad efectiva del gobierno. Hasta ahora los gobiernos iberoamericanos, con las excepciones de regla, han basado su poder sobre el ejército. En algunos países, como en Colombia, la Iglesia ha compartido con el ejército esta función. Como decimos, no puede esperarse que de la noche a la mañana, el poder político pase de estos cuerpos especiales a la ciudadanía general, la que aún no está preparada para recibirlo. La solución inteli-

gente consiste en estimular un traspaso del poder a sectores de la sociedad de tendencias ingénitas más liberales que las del ejército o la Iglesia.

En México, mientras se restan poderes políticos a estas instituciones, se fortalece el movimiento obrero, el que por su naturaleza, por tradición de la cultura obrera internacional, apoya gobiernos liberales y limita la autoridad de gobiernos dictatoriales. Los obreros sólo pueden desarrollar su vida corporativa, que es esencial a su progreso económico, bajo un gobierno que respete las libertades civiles, y por lo tanto tienen un interés fundamental en amparar esas libertades. Mientras se reduce el ejército mexicano, mientras se destituyen docenas de generales, mientras se limita el clero a su actividad puramente religiosa, se fomentan las organizaciones obreras, dándoseles participación en el gobierno. Luis L. Morones, jefe del obrerismo mexicano y Ministro de Industria, Comercio y Trabajo de la República, representa el poder de los trabajadores, que es el poder de la masa popular, en el gobierno de la nación.

Como, a pesar de sus múltiples variantes, la situación política de la América indoespañola tiene idénticas bases, el ejemplo de México puede muy bien servir de pauta a los hombres que seriamente quieren desterrar la dictadura personal de la civilización iberoamericana.

LUIS MUÑOZ MARÍN

(De *La Democracia*.
San Juan de Puerto Rico.)

El perro leproso

—De *El Universal*, México, D. F.—

DE cuando en vez me gusta callejear, perderme en el dédalo de la ciudad antigua que todavía guarda el encanto vi-reinal y deleitarme en la decoración que intempestivamente nos asalta: un palacio de piedra sensibilizada con lindos arabescos, una puerta que ostenta orgullosa sobre el dintel el resto de un escudo, una reja forjada amorosamente como si fuese un verso de hierro, larga escalera de amplios peldaños donde chocaron las espuelas y las espadas de nobles caballeros, corredores de labrada arquería que supieron de melindrosas damas de la corte, muros de viejos claustros que nos dicen de almas immaculadas y de oraciones temblorosas, iglesias, que a lo lejos, parecen viñetas de un libro de horas.

Así, caminando, voy lentamente tejiendo y destejiendo el pensamiento.

Atravieso un mercado, el sol de la mañana prende reflejos de oro en las aristas de las cosas; todo es color y todo es México que canta.

Las naranjas brillan como si fuesen de porcelana, los melocotones y las fresas se derraman en fragancia, los mameyes heridos se deshacen en dulzor, las manzanas han sido cortadas del paradisíaco jardín, unas doradas y tersas como de seda y otras verdes, transparentes como esferas de cristal; los plátanos, amarillos, morados, las piñas y los

mangos son una sinfonía de aromas con toda la sensualidad del trópico; las cerezas guindas tienen algo de episcopales y las sandías abiertas son la pulpa de la vida.

En otro lado las flores: lirios cándidos vestidos de gala como los lirios del *Cantar de los Cantares*, nardos embriagantes como los nardos de la vara bíblica, gladiolas derivando su matiz desde el escarlata hasta el rosa muerto, margaritas agoreras y sentimentales que me recuerdan las estrofas de Rubén Darío, hortensias ampulosas como damas de honor de una princesa de cuento; begonias de cera, claveles venidos de las *chinampas* de Xochimilco y magníficos *Pro-*dodendros rojos que me hacen pensar en aquella deliciosa virgen austera nacida en Siena, que se llamó Catalina, discípula de Francisco de Asís y que pintó el Sodoma, desmayada de pasión por la sangre mística.

La tienda del herbolario, que conoce el secreto curativo de todas las hierbas: hojas que cortan una hemorragia, raíces que alivian el mal de amor, plantas para el sueño, semillas para los ojos, flor de sauco, borraja, romero, abrojo rojo, simonillo, cramería, ojo de venado, tila adormidera, copal, ruda, cedrón, espinosilla, te de estrella y flor de albahaca.

Vendedoras de *aguas frescas*, aguas para

(Pasa a la página 224)



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El sentimiento de la naturaleza entre los celtas

Lo que más sorprende en estos extraños relatos ⁽¹⁾ es el puesto que en ellos tienen los animales transformados por la imaginación gálica en criaturas inteligentes. Ninguna raza conversó tan íntimamente como la raza céltica con los seres inferiores, ni les concedió tanta parte de vida moral. La asociación íntima del hombre y del animal, las ficciones, tan caras a la poesía de la edad media, del *caballero del león*, del *caballero del halcón*, del *caballero del cisne*, los votos consagrados por la presencia de animales reputados nobles, tales como el faisán, la garza, son otras tantas imaginaciones bretonas. La literatura eclesiástica ofrece rasgos análogos: la mansedumbre en los animales brilla en todas las leyendas de los santos de Bretaña y de Irlanda. Un día, San Keivin se durmió orando en su ventana con los brazos abiertos; una golondrina, viendo la mano abierta del monje, halló el lugar excelente para hacer su nido. Al despertarse el santo y mirar a la madre que ponía sus huevos, no quiso incomodarla, y esperó para moverse hasta que hubiesen empollado.

Esta conmovedora simpatía proviene de la particular vivacidad que las razas célticas han prestado al sentimiento de la naturaleza. Su mitología no es sino un naturalismo transparente, el amor de la naturaleza por ella misma, la impresión viva de su magia, acompañada de la tristeza que el hombre siente, cuando, frente a frente de ella, cree oírle hablar de su origen y de su destino. La leyenda de Merlín es el reflejo de este sentimiento. Seducido por una hada de los bosques, huye con ella y se torna salvaje. Los mensajeros de Arturo lo encuentran cantando a la orilla de una fuente; lo conducen a la corte, pero el encanto lo arrebató aún, y vuelve a sus florestas, esta vez para siempre. Viviana le ha construido en un breñal de oxiacanto una prisión mágica. Allí Merlín profetiza el porvenir de las razas célticas; habla de una joven hija de los bosques, a veces visible y a veces invisible, que le retiene cautivo con su encanto.

Muchas leyendas de Arturo están impregnadas del mismo carácter. Él mismo pasa ante el pueblo como un espíritu de los bosques. «Los guardabosques, cuando hacen sus rondas al claro de la luna, dice Gervais de Tilber, oyen a menudo un gran ruido de cuernos y encuentran partidas de cazadores. Cuando se les pregunta de dónde vienen, los cazadores responden que hacen parte de la comitiva de Arturo».

Las imitaciones francesas de las novelas bretonas conservan también la impresión, algo desabrida, del atractivo que la naturaleza tiene para la imaginación de las razas célticas. Yblis, la heroína de Lancelot, el ideal de la perfección bretona, pasa su vida con sus compañeras en un jardín en medio de las flores, a las cuales rinde culto. Cada flor cogida por sus manos renacía al instante, y los adoradores de su

memoria se obligaban, al cortar una flor, a sembrar otra en su lugar.

El culto de las florestas, de las fuentes, y de las piedras, se explica por este naturalismo primitivo, que todos los concilios reunidos en Bretaña han proscrito. La piedra, en efecto, parece el símbolo natural de las razas célticas. Inmutable como ella, es un testigo que no muere. El animal, la planta, la figura humana sobre todo, no expresan la vida divina sino bajo una forma determinada; la piedra, al contrario, apta para recibir todas las formas, ha sido siempre el fetiche de los pueblos en su infancia.

Se ha observado siempre que la mayor parte de las creencias populares que viven aún en nuestras provincias son de origen céltico. Un hecho no menos importante es el fuerte tinte de naturalismo que domina en esas creencias. Así, cada vez que el viejo espíritu celta aparece en nuestra historia, se ve renacer con él la fe en la naturaleza y sus mágicas influencias. Una de esas manifestaciones más características me parece ser la de Juana de Arco. Esa esperanza indomable, esa firmeza en la afirmación del porvenir, aquella creencia de que la salud del reino vendría de una mujer, todos esos rasgos, tan distintos del gusto antiguo y del gusto germánico, son, por muchos aspectos, célticos. El recuerdo del viejo culto se había perpetuado en Domremy, como en tantos otros lugares, bajo la forma de superstición popular. La choza de la familia de los Arco estaba sombreada por una haya célebre en el país, y donde se decía que habitaban las hadas. En su infancia, Juana iba a colgar de sus ramas guirnaldas de follaje y de flores, que desaparecían, dicen, durante la noche. Las actas de su proceso hablan con espanto de esta inocente costumbre como de un crimen contra la fe, y no se engañaban del todo los despiadados teólogos que juzgaron a la santa niña. Sin que ella lo supiese, era más céltica que cristiana! Fué anunciada por Merlín; no conoce al papa ni a la iglesia; no cree sino en la voz de su corazón. Esa voz la escucha en los campos, en el ruido del viento en los árboles, cuando su oído es impresionado por sonidos acompasados y lejanos. Durante su proceso, fatigada de preguntas y de sutilezas escolásticas, se le preguntó si oía esas voces: «Llebadme a un bosque, dijo, y las oiré muy bien». Su leyenda se tiñe de los mismos colores; la naturaleza la amaba; los lobos no tocaban nunca las ovejas de su rebaño; cuando era pequeña, los pájaros venían a comer su pan en su regazo, como domesticados.

ERNESTO RENÁN

(Trad. de CORNELIO HISPANO).

Ejemplos de constancia en el trabajo

Los niños deben grabar en la memoria estas palabras de Tocqueville: «el mundo pertenece a la actividad», y esforzarse en adquirir esta valiosa prenda del espíritu; y no tienen por qué desanimarse si la fortuna quiso que nacieran en condición humilde; porque en toda profesión u oficio pueden alcanzar los más altos puestos, y a todos podemos decirles lo que un capitán ilustre decía a sus soldados, que todos ellos tenían en su cartuchera el bastón de mariscal.

Vosotros los niños de condición humilde, observad cómo se conquistaron bienestar material y aprecio público los que trabajaron asiduamente y con brío en el cumplimiento de sus deberes.

Jaime Crowther, de Mánchester, nació desvalido y en una cueva; fué tejedor y empezó a trabajar a la edad de nueve años; en sus horas de descanso se

(1) Los cantos populares del país de Gales.

dedicó a coleccionar plantas, a pesar de los estorbos que le ponían los guardas de los campos donde hacía sus excursiones. Para continuar en sus estudios favoritos se hizo mozo de cuerda y pudo ganar uno o dos francos. Encontróse un día con el botánico Smith que lo ocupó en cargar los útiles que llevaba, quien halló en Crowther un buen colaborador, colaborador que llegó a ser más tarde uno de los más célebres botánicos de la sociedad de sabios de Lancashire.

Tomás Edward fué aprendiz de zapatero, pudo juntar, poco a poco, una colección de insectos, pájaros y plantas, piedras de los caminos, conchas del mar, hasta reunir los materiales para un precioso museo, publicando después trabajos originales sobre ciencias naturales y llegando así a ser contado entre los sabios; todo a fuerza de luchar con la ciencia y la miseria.

Una prueba de que «querer es poder», se encuentra en el célebre Avise que, cuando joven, llegó a perder la vista, y a pesar de ello estudió en un Instituto y llegó a ser profesor de Gramática y buen escritor de dramas; así como Pfefel, ciego desde su niñez, consiguió por su trabajo el título de Consejero privado del margrave de Bade y fué después el fundador de una escuela militar que llegó a adquirir renombre.

El pastor John Thomas, por una acción heroica, se hizo merecedor de que su amo le diera como recompensa cuatro ovejas que el pastorcillo fué a vender en la ciudad de Bristol; allí se reunió con unos trabajadores en la industria de la fundición de hierro; y dedicado con empeño a esta clase de estudios, ideó un método de operar y consiguió fundir la *primera olla de hierro* que fué tan célebre, y cuyo secreto no vendió por ningún precio, comunicándolo a su maestro Abraham, quien, como él decía, no le había enriquecido con oro, pero era el merecedor de su secreto, porque le había dado el pan y los conocimientos que poseía como fundidor.

Thomas Britton, de origen oscuro, fué carbonero

de Londres; y en los momentos que descansaba de recorrer las calles con el saco de carbón a la espalda, cultivaba la música y llegó a ser excelente profesor, y pudo reunir una biblioteca riquísima en manuscritos y obras de música, que produjo a su muerte una suma considerable, que representaba el producto de sus economías y era el testimonio de su buen gusto y de sus conocimientos en el arte en que sobresalió.

Landelin Ohmacht, cuando dejaba de pastar el ganado de su padre, que era un aldeano de la Selva Negra, se ocupaba en recortar algunos objetos en la madera, y siguiendo las inclinaciones de su genio y a fuerza de constancia, llegó a iniciarse en los secretos de la plástica y ser un marmolista insigne, como lo prueba el monumento elevado al General Desaix, entre Kehl y Strasburgo.

Sofía Germain ha ocupado un lugar distinguidísimo entre los matemáticos de este siglo, como lo prueban sus trabajos publicados por la imprenta. Sin maestro, sin otro guía que un libro, venció todos los obstáculos para ilustrarse y sobresalir en la ciencia matemática; porque aun en su tierna edad, y llevada de la pasión de saber, a pesar de la delicadeza de su sexo, se levantaba por la noche con un frío tan intenso, que se helaba la tinta en el escritorio, y trabajaba allí envuelta en mantas, a la luz de una lámpara, cuando su familia, para obligarla a descansar, le quitaba de su cuarto el fuego, los vestidos y las luces.

Esforzaos, pues, en imitar a los que son grandes y beneméritos por el trabajo asiduo, y aunque no podéis vaciar vuestra naturaleza en el molde de ellos, siempre quedaréis como hombres de bien.

Citados por

FEDERICO PROAÑO

Ecuador.

El perro leproso

(Viene de la página 222)

los labios enjutos por la sed, para los pobres labios resecaos como pergaminos; aguas de limón verdes como esmeraldas líquidas, aguas doradas de piña, aguas como granates diluidos teñidas con flores de jamaica, agua de arroz y de cebada con fresas flotantes.

Sarapes de Saltillo como kaleidoscopios, sarapes en gris y azul, tejidos por los indios de Texcoco, sarapes de Oaxaca llenos de grecas antiguas y rebozos de Santa María que brillan al sol como ricos mosaicos.

Una caravana de gitanas, intrusas, vestidas con trapos de mil colores, con las trenzas llenas de grasa y con el pecho moreno cubierto de collares hechos con monedas doradas; de esas gitanas que van por el mundo cantando la «buena ventura» y que ni ellas saben de donde vienen, de Bohemia, de Rumania, de Granada, de Moravia, de Rusia o de Hungría; pobre raza sin patria desparramada en el globo. Luego un ejército de judíos, hombres raros de otras latitudes que han sido arrojados de otras naciones y que aquí se les ha alborotado

el espíritu fenicio convirtiéndose en mercaderes de calcetines y de corbatas, gente sin oficio y sin beneficio que debían utilizar sus fuerzas en la industria o en la agricultura, parásitos que son una rémora para el comercio establecido, porque viven del contrabando y del robo.

En lo alto, en el cielo azul, un pájaro de hierro hace cabriolas, mientras al rayo del sol pasa resignada la teoría del pueblo, del pueblo que no sabe leer, cubierto de andrajos y ebrio de pulque.

En una puerta, un perro leproso se lame las heridas.

Mi tristeza comienza a deshilarse: esto es México, un país de maravilla, vergeles aromados, frutas de promisión, metales preciosos, maderas perfumadas, petróleo, todos los climas, pero el pueblo no conoce la O por lo redondo.

Hay radio, aviación, todos los adelantos de la ciencia, hay ochenta millones en oro, en el tesoro, pero hay también algo que se pudre, algo como el perro leproso que ya hiede: la ignorancia.

GUILLERMO JIMÉNEZ

Bucareli, 115. México, D. F. México.

Hombre, no te entristezcas...

Obedeciendo ciegas a su fatal destino las gotas de la lluvia caen sin dilación... de lo alto vienen todas, pero el largo camino se torció para unas y para otras no.

Aquella fué dichosa, le fué risueño el sino y en un jardín florido la recibió una flor; la otra, allá más lejos, siguiendo su destino, en las aguas fangosas de un pantano cayó.

Pero una aurora nueva descorrió las cortinas que en el cielo formaban las húmedas neblinas y esplendoroso entre ellas apareció el sol.

Y oh divino milagro que sólo Dios podría, sutilísima nube a lo alto ascendía con las gotas caídas en el cieno y la flor.

Hombre, no te entristezcas porque el fatal [Destino cuando venías de lo alto torciera tu camino y te hiciera en las aguas de un pantano caer.

Dios no te olvida nunca, te llamará del cieno y verás confundidas en su divino seno, a tu alma mendiga con el alma de un Rey.

VÍCTOR ML. ELIZONDO

Alajuela, Costa Rica.